

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Proposición condenada por la Santa Sede:

«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recentiori civitate sese reconciliare et componere.»

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.

«El Romano Pontifex puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

Puntos de suscripción.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 30 por trimestres en la administración.—En el extranjero: 20 rs. al mes y 60 por trimestres.—En Ultramar: 20 rs. al mes y 60 por trimestres.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

Puntos de suscripción.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Oramendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

ADVERTENCIA.

Los señores suscriptores de provincias cuyo abono concluye en 31 del presente mes, se servirán renovar oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

No se admite otra clase de sellos que los de franqueo ó certificado de cartas, y la administración sólo responde del recibo de los que le envíen en carta certificada.

PARTE EXTRANJERA.

Después de trasladar a nuestra Revista del día 24 las últimas patrañas que se ha encargado de propagar el órgano bonapartista *Memorial diplomatique*, respecto a las negociaciones entabladas entre Roma y París á consecuencia de la Enciclica, y respecto al disgusto é ignorancia de la publicación de este documento que aquel diario suponía en su Emma, el Cardenal secretario de Estado, decíamos que coincidían con estos embustes del *Memorial diplomatique*, los propalados por otros órganos de la política bonapartista, cuyos embustes, aun cuando varios en su forma, todos se encaminaban á que se crea muy inclinado el Padre Santo á aceptar el artículo del convenio de 15 de Setiembre, por el cual el gran reino se compromete á tomar sobre sí la deuda de las provincias que ha robado á la Santa Sede. O lo que es lo mismo, seguimos diciendo, la Patrie y demás impudentes propagadores de las mentiras de esta especie, aspiran con tan indignas patrañas á infundir en algunos duda respecto á que el Padre Santo se preste por ventajas pecuniarias á legitimar aquel robo, y por consiguiente, todos los que la revolución ha cometido en Italia de igual especie.

Pues bien, aquellos órganos, nuevas Danaides, que en vez de agua manejan supercherias, vienen ya, según cuenta el telégrafo, desconfiando el tonel de la opinión pública de las mentiras que en él verterían, y á esta respetable señora la dicen que «todas las noticias publicadas por los periódicos extranjeros, relativas á negociaciones entabladas con la corte de Roma para el cumplimiento de la parte del convenio franco-italiano que concierne á la deuda de los Estados del Papa, carecen de fundamento, ó por lo menos son prematuras.»

Persuadidos de que las tales noticias, no son sólo prematuras, sino falsas de toda falsedad, nos habríamos limitado á la inserción de las anteriores telegráficas líneas, si no estuvieran aún dentro del tonel de la opinión pública aquellas mentiras propaladas por el *Memorial diplomatique* respecto á que ignoraba la publicación de la Enciclica *Quanta cura* su Eminencia el Cardenal Antonelli y al disgusto en que por su publicación se le suponía.

En efecto, estas mentiras, por más que entre otras pruebas, todas inconcusas, las desmientan algunas parecidas á la carta de remisión de la Enciclica, firmada por su Emma, y cuyo texto verán nuestros lectores en este mismo número, no sólo no han sido arrojadas del tonel por las Danaides bonapartistas, sino que aun continúan estas abrevando á la pública opinión con tan sucias y ridículas aguas.

El último número de la *France* habla de una carta de Roma, que dice haber recibido, y en la cual pinta muy impresionados al Padre Santo y á su Eminencia Antonelli por las noticias que han tenido respecto á la acogida hecha á la Enciclica. A continuación de este pase de muleta que da la *France* á la opinión pública, añade que la susodicha carta le cuenta, cómo el respetable pro-secretario de Estado y el embajador franceses están á partir un pifón; y por si el toro, ó sea la opinión pública, no se ha humillado lo bastante, prosigue la *France* sus pases de muleta, y cuenta que la Enciclica no es respuesta al convenio de marras; que muchos Prelados se han sorprendido al ver publicado documento, que ellos creían haber sido redactado para no salir de archivos; que viendo chasquidos estos Prelados, culpan al partido intransigente que arrastra á Pío IX; que entre los Cardenales hay la de Dios es Cristo por la publicación de la Enciclica; que Pío IX es más liberal de lo que algunos piensan; que creyéndose en Roma que no están á la altura de la civilización y progreso contemporáneos las prescripciones del Concilio de Trento, se hubiera ya convocado Concilio que las anulase á tener más paz la Iglesia; y por último, después de decir algunas impías sandeces más, la *France* se arma y, recibiendo, remata la función de su carta de Roma con la siguiente estocada:

«Todo cuanto pasa hoy en Roma ofrece grande in-

terés, y yo no fallaré á mi propósito de comunicarlo cuanto vaya ocurriendo; pero desde ahora tendré por cierto que la opinión de Europa (es decir, los francmasones y sectarios de toda especie) acerca de la Enciclica, ha producido aquí sensación fuerte, lo cual anuncia que el Papa por necesidad, y en un espacio breve, hará algunas declaraciones, por su naturaleza conducentes á envalentonar á aquellos que como vos (este vos es el autor de aquel infamante folleto, calificado por Pío IX de monumento insigne de hipocresía y tegido innoble de contradicciones), defienden que la Iglesia y la sociedad moderna deben caminar de acuerdo.»

A tener esta desdichada sociedad moderna dos dedos más de sentido común, de seguro la repugnante gravedad de la *France* no se habría atrevido á insultarla con el atajo de estupidades sandeces que supone le han escrito de Roma, y de las cuales hemos creído necesario informar á nuestros lectores para que juzguen, y den su merecido, á varios *suetecijos* que sobre el tema de las declaraciones que va á hacer Roma publican en estos días algunos órganos de la opinión pública española, hermanos, ó cuando menos, parientes muy cercanos del órgano que toca el Sr. Lagueronniere.

Por la misericordia de Dios, mientras algunos que se llaman católicos así abofetean á la Iglesia y á la sociedad á un mismo tiempo, se levantan entre los protestantes voces que proclaman lo augusto y santo de esa voz que salió de Roma el 8 de Diciembre último, y la cual Dios ha querido que sea y permanezca en lo eterno, sin mudarse ni contradecirse.

La *Gaceta de la Cruz*, según refiere el telégrafo, «declara que el Pontífice romano es el más sólido apoyo de los tronos, el más elevado depositario de las máximas que dan su origen superior y celeste al poder de los reinos,» y el *Guardian*, el diario más leído y autorizado de la iglesia anglicana, emite el siguiente juicio acerca de la Enciclica:

«Este documento es realmente uno de los más solemnes llamamientos al mundo civilizado y á todos los que creen en el Cristianismo, que están interesados en la felicidad de la sociedad y en el sostenimiento de la verdad y del derecho. Es un documento que debe atraer la atención y el respeto, ya que no excita el interés y la simpatía en donde quiera que haya hombres que piensen y que conozcan la trascendencia de las cuestiones de que se trata. Es una reconvencción y un consejo; consejo del género más elevado; reconvencción que atañe íntimamente al siglo actual, y que este no debe olvidar.»

Por lo que el telégrafo nos ha contado de Turin, debemos estar prevenidos para que no nos sorprenda la noticia de que han vuelto á manchar de sangre las calles de dicha capital los hacedores de Italia.

TELEGRAMAS.

En los círculos políticos se dice que no hay reconciliación posible entre la Cámara y el poder ejecutivo, porque no pueden ceder ni uno ni otro. Se habla, como cosa decidida, de la suspensión de la Cámara de los diputados. El Gobierno seguirá administrando sin presupuesto legalmente votado.

M. de Bismark en un Consejo de ministros dijo, que se debía aplazar la disolución definitiva de la Cámara, hasta que esté arreglada la cuestión de los Ducados.

Hoy por la tarde tienen efecto nuevas demostraciones, sin tenerse que lamentar el mal leve desorden. En un manifiesto del sindicato se invita á los ciudadanos á observar las leyes; y los periódicos de Turin, por su parte, aconsejan al público que se abstenga de hacer nuevas demostraciones de ningún género.

La táctica de la prensa clerical no carece de habilidad: cada tarde y cada mañana lanza al público dos ó tres de esos documentos que tiene de reserva; tiene cuidado de no emplear de una vez todos los medios; de no descubrir de una vez todas sus baterías. Fatiga al enemigo con la repetición cotidiana de unos mismos ataques, cada día abre una brecha y el sitiado y hostilizado por semejante táctica, se inquieta, se agita y ya se siente medio vencido.

El sitio de tal manera no es sólo el Gobierno que hizo la guerra de Italia y el convenio del 15 de Setiembre, sino que lo es también la sociedad moderna que hizo la revolución del 89 y grabó con caracteres de fuego la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. Todos los dogmas de la revolución, las libertades todas y todas las democracias están amenazadas; ya no se trata de saber bajo qué forma ha de organizarse definitivamente la revolución, si bajo la de 1792, la de 1804 ó 1830, sino que la misma revolución es la que está en peligro; la revolución es la que se anatematiza y se espera aniquilar.

Desgraciadamente, más de uno hoy en el partido liberal que afecta no ver ni oír nada. «No hay peligro», dice el *Temps*, «enada tenemos que hacer», dice la *Presse*, y el *Journal des Debats* añade: «El Gobierno debe abstenerse sobre todo de represalias que tal vez le aconsejen ciertas personas.»

En verdad, ¿qué juego es este? y como dice *Figaro*, ¿quién es el engañado? Tenemos á la vista un ejército de cien mil hombres, perfectamente organizados y disciplinados, bajo los órdenes de ochenta y cinco generales de división, que obedecen ciegamente á un general en jefe que no es francés; y apoyan á este

finalmente la cuestión de los Ducados. Esta suspensión de las negociaciones ha sido provocada por la prematura publicación de los despachos cambiados entre las dos Potencias.

Cartas de Roma aseguran de una manera positiva que se ha dado orden al Cardenal Andrea para que vuelva á Nápoles.

Se ha desmentido que entre Roma é Italia se hayan entablado negociaciones financieras.

El 8 corría en Savannah el rumor de que las poblaciones del interior de la Georgia se mostraban favorables al Gobierno federal. También se susurró que el general confederado Lee, con el ejército de su mando, va á atacar al general federal Sherman.

La *Gaceta de la Cruz* declara que el Pontífice romano es el más sólido apoyo de los Tronos, el más elevado depositario de las máximas que dan un origen superior y celeste al poder de los reinos, puesto que la Enciclica clasifica el principio de la soberanía popular entre los errores modernos.

Los rumores de negociaciones de paz continúan. La esclavitud ha sido abolida en el estado de Missouri. Despachos de Washington aseguran que el Congreso confederado, en una sesión secreta, ha nombrado quince comisarios para ir á conferenciar acerca de la paz con el Norte.

El Emperador Maximiliano ha publicado un manifiesto declarando que los bienes de la Iglesia pertenecen al Estado.

El Nuncio ha declarado que no ha recibido instrucción alguna sobre este asunto. Maximiliano ha manifestado gran sorpresa al tener noticia de esta declaración.

La *Gaceta oficial* dice que el Gobierno no ha intervenido en las demostraciones ocurridas en los días 23 y 24; pero que en la noche del 27 ha habido varios grupos sospechosos, más numerosos aún que los anteriores, y entonces se vio en la precisión de intervenir, habiendo preso la Guardia nacional á algunos cabezallas, logrando de este modo restablecer la calma.

El Gobierno ha creído de su deber manifestar su agradecimiento á la Guardia nacional por su conducta leal, honrosa y enérgica en los acontecimientos citados.

El 3 interior á 44 0/0; 3 exterior á 00; diferida á 00 0/0; amortizable á 31 0/0; 3 por 100 franceses á 67 10/4; á 12 á 95 70; fondos ingleses de 89 3/4 á 78.

De la *Opinion Nationale* y de su Mecenas el Príncipe primo de Napoleon III, saben ya nuestros lectores cuanto han menester para estimar en todo lo que valen las siguientes líneas que publica aquel diario ateo, y en las cuales, en nombre de la libertad, recomienda que se niegue á los católicos el agua y el fuego.

Sin decirlo públicamente, y recomendándolo sólo en las lógicas y demás cuevas en donde se cuecen los panes de la civilización moderna, estos consejos de la *Opinion Nationale* los están practicando todos los buenos liberales en Francia y en todas partes; razón por la cual tienen siquiera la recomendación de la franqueza estas recomendaciones del órgano democrático del demócrata Príncipe primo. Pues este órgano, toca así:

«Las protestas de los Obispos se suceden y aglomeran: ataques contra los artículos orgánicos, excitación á la desobediencia de las leyes, negación de todos los principios sobre que descansan en Francia la sociedad y el Estado: este es en sustancia el fondo de todas las filipicas episcopales; todo esto comentado, amplificado, puesto de relieve é ilustrado por la trinidad de periódicos negros.»

La táctica de la prensa clerical no carece de habilidad: cada tarde y cada mañana lanza al público dos ó tres de esos documentos que tiene de reserva; tiene cuidado de no emplear de una vez todos los medios; de no descubrir de una vez todas sus baterías. Fatiga al enemigo con la repetición cotidiana de unos mismos ataques, cada día abre una brecha y el sitiado y hostilizado por semejante táctica, se inquieta, se agita y ya se siente medio vencido.

El sitio de tal manera no es sólo el Gobierno que hizo la guerra de Italia y el convenio del 15 de Setiembre, sino que lo es también la sociedad moderna que hizo la revolución del 89 y grabó con caracteres de fuego la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. Todos los dogmas de la revolución, las libertades todas y todas las democracias están amenazadas; ya no se trata de saber bajo qué forma ha de organizarse definitivamente la revolución, si bajo la de 1792, la de 1804 ó 1830, sino que la misma revolución es la que está en peligro; la revolución es la que se anatematiza y se espera aniquilar.

Desgraciadamente, más de uno hoy en el partido liberal que afecta no ver ni oír nada. «No hay peligro», dice el *Temps*, «enada tenemos que hacer», dice la *Presse*, y el *Journal des Debats* añade: «El Gobierno debe abstenerse sobre todo de represalias que tal vez le aconsejen ciertas personas.»

En verdad, ¿qué juego es este? y como dice *Figaro*, ¿quién es el engañado? Tenemos á la vista un ejército de cien mil hombres, perfectamente organizados y disciplinados, bajo los órdenes de ochenta y cinco generales de división, que obedecen ciegamente á un general en jefe que no es francés; y apoyan á este

ejército regular un millón de voluntarios (sociedades de San Vicente de Paul, de San Francisco de Regis, de San Francisco Javier, del Sagrado Corazón, del Escapulario, del Rosario, etc.); este ejército aumenta anualmente, y se dice que no hay peligro!

Veinte años hace que Roma trabaja por asimilarse la Iglesia de Francia; y al efecto ha sustituido en los seminarios los libros ultramontanos á los libros galicanos: en todas las diócesis la liturgia romana á las liturgias seculares de cada Iglesia; ha suprimido en el breviario los Santos de las Galias para sustituirlos con Santos favoritos de la compañía de Jesús, desde San Gregorio VII á San Liguorio. En estos veinte años ha triplicado el personal de sus buenos hermanos, que educan á los hijos del pueblo en el odio á la democracia; multiplica también los conventos, las casas de retiro y de educación; y se dice que nada hay que hacer! Y cuando combatimos *pro aris et focis* por las tradiciones de nuestra independencia religiosa, por la inviolabilidad de nuestros hogares, amenazados por la confesión, por la dirección, por las intrigas de la sacristía, del salón y de la Academia, hoy hombres políticos, publicistas que se intitulan demócratas, nos rechazan en nombre de la libertad.

No ven que después de diez y seis años, durante los cuales la república y el Imperio han entregado á porfía todas las posiciones al partido clerical, este partido es más poderoso que nunca; que si no se detiene su progreso, mañana se hará dueño de ellos y de nosotros, y que aquel día puede suceder que vayan á disputar con nosotros sobre las relaciones de la libertad y la autoridad... en América.

La política de cierta fracción del partido liberal es una política suicida; es un desacierto pueril ó una habilidad excesiva.

En cualquiera de los dos casos no es nuestra política. Jamás llegaremos á comprender qué puede ganar la democracia liberal en buscar circunstancias ajenas á favor de un partido que niega la soberanía del pueblo, la libertad de la prensa, la libertad de conciencia y en general todas las libertades; que se convierte en oposición siempre que un Gobierno rehusa entregarle las almas como esclavas mudas; que cuando está en el poder, no conoce más que una política que es la de persecución; partido que no ha sabido otra cosa que pasar de la tiranía á la rebelión; para quien la libertad constituye un privilegio; para quien el orden consiste en la opresión y que nada destaría tanto como la igualdad del derecho común.

En aquella Inglaterra cuya civilización, humanidad y justicia tanto han recomendado en España los liberales en general, y en particular muchas mómias con cabeza y corazón de cal y canto que allí comieron el amargo pan del ostracismo; pues, como decíamos, en Inglaterra se han abierto informaciones acerca de la situación en que en ella viven las clases jornaleras.

A una de estas informaciones corresponden los siguientes datos:

«Hay en Birmingham 20,000 niños de menos de diez años en los talleres; 7 ó 8,000 de entre ellos no llegan á los ocho años, y algunos son menores de cinco. Todos estos niños están expuestos á las mismas miserias que matan á los hombres de cuarenta á cincuenta años. Las fábricas se hallan tan atestadas de obreros, que estas pobres criaturas se ven obligadas muchas veces á trepar por entre las piernas de los adultos para llegar á sus respectivos sitios. Las ventanas no pueden abrirse con frecuencia, porque los niños se ven obligados á trabajar apoyada la espalda contra los cristales ó sentados en el borde de las ventanas, é interceptan el aire cuando se abren.

Estos infelices, encerrados todo el día en aquellas fábricas de armas de fuego, en aquellas fundiciones, están por fuerza sumidos en la más completa ignorancia. Así treinta y dos muchachas han confesado no haber oído hablar jamás de la Reina; otras creían que lo era el Príncipe de Gales... el mar... y muchas creían que un río era la tierra seca. Otras, en fin, creían que las violetas eran pájaros, ó declaraban ante un grabado que representaba una roca, que era un león!...»

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 30 DE ENERO DE 1865.

Carta pastoral que el Ilmo. Sr. D. José López Crespo, Obispo de Santander, dirige al Clero y fieles de su diócesis, con motivo de la Enciclica de Su Santidad de 8 de Diciembre de 1864.

NOS D. JOSÉ LOPEZ CRESPO, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE SANTANDER,

á nuestro venerable Dean y Cabildo catedral, reverendos Párrocos y eclesiásticos de esta diócesis, y á nuestros amados hijos los fieles de la misma, salud en nuestro Señor Jesucristo.

Amados hermanos é hijos nuestros: Su Santidad el Romano Pontífice Pío IX, Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, Supremo pastor y cabeza de la Iglesia católica, nos ha remitido las letras apostólicas publicadas en Roma el 8 de Diciembre, aniversario de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María Santísima. En estas letras, que irán insertas á continuación de esta carta, recuerda Su Santidad á todos los Obispos con cuánta solicitud y vigilancia pastoral han cumplido los Pontífices Romanos el cargo y obligación á ellos confiados

por el mismo Jesucristo de apacentar á los corderos y á las ovejas, no habiendo cesado jamás de alimentar fielmente con las palabras de fe y de doctrina de la salvación á la grey del Señor, y de apartarla de pasos emponzoñados, condenando todas las heregias y todos los errores opuestos á nuestra fe divina; á la doctrina de la Iglesia católica, á la pureza de las costumbres y á la salvación eterna de los hombres. Nos manifiesta igualmente que desde su elevación á la cátedra de San Pedro, viendo con el corazón traspasado de dolor la horrosa tempestad suscitada sobre el pueblo cristiano por causa de perversas doctrinas, no cesó de levantar su voz, á ejemplo de sus predecesores y conforme al deber de su ministerio, condenando los principales errores de nuestra trágica edad; y que todavía la salud de las almas exige imperiosamente la reprobación de otras doctrinas depravadas, en gran manera perjudiciales á la Religión, las que por tanto condena, y manda que todos los hijos de la Iglesia católica las tengan por reprobadas, según se hallan consignadas en las precisadas letras apostólicas.

Desde que recibimos la Enciclica, en la que Su Santidad nos comunica sus decisiones doctrinales y mandato apostólico, no vacilamos momento en adherirnos y someternos á las declaraciones Pontificias, dando conocimiento de nuestra sumisión por medio de esta carta, á fin de que vosotros, siguiendo el ejemplo de vuestro Obispo, tengáis por reprobada y proscriba la doctrina condenada por el Sumo Pontífice, sucesor de San Pedro, á quien todos estamos obligados á obedecer como al Supremo Juez y cabeza visible de la Iglesia católica, recordándoos, con esta ocasión, las palabras pronunciadas por Nuestro Señor Jesucristo y contenidas en su Santo Evangelio.

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra será también desatado en los cielos. (Matth. XVI.) Apacienta mis corderos y mis ovejas. (Joann. XXI.) Simon, Simon, mira que Satanás os ha pedido para azararos como trigo; pero yo he rogado por tí para que no falte tu fe, y tú una vez convertido confirma á tus hermanos. (Luc. XXII.) De estos testimonios ha sacado San Agustín aquellas palabras proverbiales, «de Roma han llegado las Letras Apostólicas, el negocio quedó terminado.» (Ser. CXXXI.) y San Ambrosio estas otras: «donde está Pedro allí está la Iglesia,» y las que pronunció San Gerónimo dirigiéndose al Papa San Dámaso, «el que no recoge contigo, desparrama.» (Ep. XV. ad Damas.) El Concilio general de Florencia, siguiendo la tradición de todos los siglos, definió «que al Sumo Pontífice confirió Nuestro Señor Jesucristo la plena potestad de apacentar, regir y gobernar la Iglesia universal.»

Por un medio tan sencillo quiso nuestro Divino Redentor que su Vicario en la tierra perpetuara, hasta el fin de los siglos, el reino de la verdad para cuya enseñanza había venido á este mundo, (Joann. XVIII.) disipando con los rayos de su doctrina las tinieblas en que estaba envuelta la tierra antes de su advenimiento. Si, amados diocesanos, ántes de la venida de nuestro Redentor se hallaba el mundo moral amenazado de una descomposición espantosa, casi borrada la idea de un Dios único y santo, próximo á desmoronarse bajo el peso de la idolatría, que no venía á ser más que la deificación de todas las pasiones incensadas en el Panteón romano; y no llegó á levantarse de su postración por las doctrinas de los filósofos de Grecia y de Roma, sino por el soplo del Divino Espíritu salido del Cenáculo para renovar la faz de la tierra, y cuyo soplo se concentró en el Vicario de Cristo, siempre vigilante y solícito en mantener encendido el faro de la verdad revelada, preservándonos de caer en el error. Más, ¡ay! hermanos é hijos nuestros! En la época que venimos atravesando se levantó un nublado de sofistas, que muestran ser aquellos falsos doctores predichos por el Apóstol San Pedro en su segunda carta canónica «que introducirían sectas de perdición y negarían al mismo Señor que los rescató.» Para realizar sus planes de destrucción del orden religioso y social, intentan quitar de en medio aquella piedra, que es la cabeza del ángulo, y en la que siempre tropezarán y se volverán alicios todos los que caigan sobre ella. Estremécense no obstante, á causa de sus esfuerzos, los principios fundamentales de la sociedad en medio de la confusión de ideas y de un torbellino de sistemas que se excluyen y repelen mutuamente, dejando á la humanidad á merced del viento de pasiones desencadenadas, que le ponen al borde del abismo.

En situación tan angustiosa, carísimos hermanos, agrupémonos unánimes al rededor del

centro de la verdad y unidad católica. La barca de Pedro tiene á su favor la promesa Divina de llegar al puerto por recia que sea la tempestad, y entretanto, flotará siempre y sin riesgo por encima de las olas embravecidas. La admirable duración del Pontificado Romano en el período de diez y nueve siglos, en cuyo tiempo se han desmoronado tantos imperios y dinastías poderosas, sólo puede ser obra del brazo omnipotente del que dijo á Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» Ninguna Iglesia de las fundadas por los Apóstoles puede gloriarse de haber conservado una sucesión no interrumpida de Pontífices, sino la Iglesia Romana; señal cierta y visible por la cual quiso Dios dar á conocer á los hombres de buena voluntad, que es la Iglesia edificada por nuestro Señor Jesucristo y la heredera de sus promesas. Las Iglesias que no estén unidas á ella son por lo mismo ramas desgajadas y secas, por las que no circula la sávia de la vida verdadera.

Vosotros, carísimos diocesanos, habéis tenido siempre Obispos que os gobernaron en virtud de misión recibida del Romano Pontífice, y unidos á él con el vínculo de una misma fe; por ellos se os ha comunicado esa fe pura, que tuvimos el consuelo de reconocer en nuestra visita Pastoral. Damos gracias á Dios por haberos preservado de caer en tentación, en medio de los peligros que no dejan de ofreceros las relaciones de comercio é industria.

Procurad conservarla y transmitirla á vuestros hijos: ejerced en su educación una vigilancia amorosa, proporcionándoles maestros morigerados y de sana doctrina: no les permitáis la lectura de libros impíos, escritos con el designio de apagar en su tierna edad los sentimientos religiosos, valiéndose del satánico pretexto de que la fe es un obstáculo al desarrollo de la inteligencia, en cuyo lazo fueron prendidos no pocos, especialmente de los que se dedican á la carrera de las letras. Advertidles que dejó escrito Bacon: «poca ciencia conduce á la incredulidad, mucha ciencia conduce á la fe,» dicho comprobado por Fontenelle en sus elogios de tantos hombres eminentes y célebres por su sabiduría y piedad: decidles que no les prohibe la Iglesia la lectura de libros que conducen á ilustrarlos en toda clase de descubrimientos científicos, en los adelantos de las artes, agricultura, comercio é industria; sino la de aquellos que son perniciosos por su obscenidad é impiedad; y que en lugar de ilustrar corrompen, en lugar de alimentar envenenan, acarreándoles, juntamente con la perdición de sus almas, la prematura muerte de sus cuerpos.

Para auxilio, y en apoyo de vuestro celo en conservar inalterable el don de la fe que habéis recibido, os enviamos, carísimos diocesanos, la Enciclica del Sumo Pontífice dirigida á los Patriarcas, primados, Arzobispos y Obispos, en gracia y comunión con la Sede Apostólica. Sea vuestra regla y guía la doctrina en ella contenida, detestando en su vista los errores condenados por la autoridad apostólica, según el tenor de sus Letras y Resúmen, que va adjunto. Sed agradecidos á la solicitud de Su Santidad por mantener la pureza de la doctrina entre todos los fieles de la Iglesia católica, sin olvidaros de ser reconocidos á los singulares favores y predilección dispensada recientemente á los españoles por los esfuerzos empleados, en unión con nuestra piadosa Soberana, para que la Religión católica se conserve siempre en este reino con exclusión de cualquier otro culto, y con todos los derechos y prerogativas de que debe gozar, según la ley de Dios y lo dispuesto por los Sagrados Cánones. De ello os confirmareis por la lectura de algunos artículos del Concordato de 1831, que no juzgamos fuera de propósito insertar á continuación, con el párrafo segundo de las Letras Apostólicas confirmatorias del mismo tratado:

«Art. 1.º La Religión Católica, Apostólica Romana que, con exclusión de cualquier otro culto, continuará siendo la única de la nación española, se conservará siempre en los dominios de S. M. Católica con todos los derechos y prerogativas de que debe gozar, según la ley de Dios y lo dispuesto por los sagrados cánones.

«Art. 2.º En su consecuencia la instrucción en las universidades, colegios, seminarios y escuelas públicas ó privadas de cualquiera clase, será en todo conforme á la doctrina de la misma Religión Católica, y á este fin no se pondrá impedimento alguno á los Obispos y demás Prelados diocesanos encargados por su ministerio de velar sobre la pureza de la doctrina y de la fe y de las costumbres y sobre la educación religiosa de la juventud en el ejercicio de este cargo, aun en las escuelas públicas.

«Art. 3.º Tampoco se pondrá impedimento alguno á dichos Prelados ni á los demás sagrados Ministros en el ejercicio de sus funciones, ni los molestará nadie bajo ningún pretexto, en cuanto se refiera al cumplimiento de los deberes de su cargo; antes bien cuidarán todas las autoridades del Reino de guardarlos y de que se les guarde el respeto y consideración debidos, según los Divinos preceptos, y de que no se haga cosa alguna que pueda causarles desdoro ó menosprecio. S. M. y su Real Gobierno dispensarán asimismo su poderoso patrocinio y apoyo á los Obispos en los casos que le pidan, principalmente cuando hayan de oponerse á la malignidad de los hombres que intenten pervertir los ánimos de los fieles y corromper sus costumbres, ó cuando hubiere de impedirse la publicación, introducción ó circulación de libros malos y nocivos.

«Art. 4.º En todas las demás cosas que pertenecen al derecho y ejercicio de la autoridad eclesiástica y al ministerio de las órdenes sagradas, los Obispos y el Clero dependiente de ellos gozarán de la plena libertad que establecen los Sagrados Cánones.

«Art. 42. En este supuesto, atendida la utilidad

que ha de resultar á la Iglesia de este convenio, el Padre Santo, á instancia de S. M. Católica, y para proveer á la tranquilidad pública, decreta y declara que los que, durante las pasadas circunstancias, hubiesen comprado en los dominios de España bienes eclesiásticos, al tenor de las disposiciones civiles á la sazón vigentes, y están en posesión de ellos, y los que hayan sucedido ó sucedan en sus derechos á dichos compradores, no serán molestados en ningún tiempo ni manera por Su Santidad ni por los Sumos Pontífices, sus sucesores; antes bien, así ellos como sus causa-habientes disfrutarán segura y pacíficamente la propiedad de dichos bienes y sus emolumentos y productos.

«Art. 43. Todo lo demás perteneciente á personas ó cosas eclesiásticas sobre lo que no se provee en los artículos anteriores, será dirigido y administrado según la disciplina de la Iglesia canónicamente vigente.

«Art. 45. En virtud de este Concordato se tendrán por revocadas, en cuanto á él se oponen, las leyes, órdenes y decretos publicados hasta ahora, de cualquier modo y forma en los dominios de España, y el mismo Concordato regirá para siempre en lo sucesivo como ley del Estado en los propios dominios. Y por tanto una y otra de las partes contratantes prometen por sí y sus sucesores la fiel observancia de todos y cada uno de los artículos de que consta. Si en lo sucesivo ocurriese alguna dificultad, el Padre Santo y S. M. Católica se pondrán de acuerdo para resolverla amigablemente.»

Párrafo segundo de las Letras Apostólicas en confirmación del prelado Concordato.

«Queridos que en este convenio se estableciese ante todas cosas que la Religión católica, romana, con todos los derechos de que goza por institución Divina y por sanción de los sagrados Cánones, rija y domine exclusivamente como antes en todo el reino de las Españas, de modo que las calamidades de los tiempos no puedan nunca causarle ningún detrimento, y se destierre cualquier otro culto: que en todas las universidades, colegios, seminarios y escuelas públicas y privadas se enseñe con pureza la doctrina católica; que se conserven íntegros é inviolables los derechos de la Iglesia que conciernen principalmente al orden espiritual: que los Prelados y los ministros sagrados tengan libertad en el desempeño de sus funciones episcopales y en las del sagrado ministerio, singularmente para custodiar la fe y defender la doctrina de las costumbres y la disciplina eclesiástica, removiendo cualesquiera dificultades é impedimentos, y que se preste por todos la consideración y honor que se deben á la autoridad y dignidad eclesiásticas. Y á fin de impedir más y más que nada pueda por cualquier motivo oponerse al bien de la Iglesia, se ha sancionado, entre otros artículos, que todo aquello que se refiere á las personas y cosas eclesiásticas de que no se hace mención en el convenio, se trate y administre en un todo conforme á la disciplina canónica y vigente de la Iglesia, y que cualesquiera leyes, órdenes y decretos contrarios á este convenio deben quedar enteramente anulados y suprimidos.»

En instrucción separada os designaremos el mes en que podéis aprovecharos de las indulgencias y demás beneficios espirituales que en forma de Jubileo otorga Su Santidad en la Enciclica. Entre tanto recibid, carísimos diocesanos, la bendición que os damos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Santander 18 de Enero de 1865. — JOSÉ, Obispo de Santander.—Por mandato de S. S. I. el Obispo mi señor, Rafael Rey Vazquez, secretario.

Al pié de este documento, leemos la siguiente nota:

«Se leerá esta pastoral con la Enciclica y resúmen que la acompaña, al ofertorio de la Misa, en todas las iglesias parroquiales de la diócesis en uno ó más días festivos de los inmediatos á su recibo.»

De seguro nuestros lectores comprenden la altísima conveniencia de que sigamos reproduciendo los avisos é instrucciones con que los reverendos Prelados del reino están comunicando á sus diócesis respectivas la última Enciclica de Su Santidad y documentos adjuntos.

Creeríamos causar una verdadera ofensa á la perspicacia del católico pueblo español si le diéramos sobre este punto más explicaciones. Continuando, pues, esta importantísima tarea, he aquí los nuevos documentos episcopales que, juntamente con la preinserta Pastoral, hemos recibido desde el sábado:

Del Boletín eclesiástico del Obispado de Astorga, fecha 19:

«NOS D. FERNANDO ARGÜELLES MIRANDA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE ASTORGA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.:

Al Clero y fieles de nuestra diócesis, salud en Nuestro Señor Jesucristo.

«Hemos recibido, venerables hermanos y amados hijos, la Enciclica que nuestro amantísimo Padre el Papa Pío IX, cumpliendo con admirable solicitud y fortaleza los sagrados deberes consiguientes á su elevada misión de sucesor de Pedro, Príncipe de los Apóstoles, ha dirigido con fecha 8 de Diciembre último, décimo aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, y decimonono de su exaltación al Pontificado á todos los Obispos del orbe católico que se hallan en gracia y comunión con la Sede Apostólica.

«Vamos á transcribirla desde luego en nuestro idioma, bien persuadidos de que la leeréis con el respeto y veneración profunda, propia de vuestro acendrado Catolicismo. Es como sigue:»

Insertase á continuación la Enciclica, y al pié dice el Reverendo Prelado:

«No podemos, venerables hermanos y amados hijos, comunicar nueva fuerza y vigor al documento preinserto: nos concretamos á rogáros y exhortaros con el mayor encarecimiento á que permanecáis firmes en vuestros religiosos sentimientos, unidos á la cátedra de Roma, á Pío IX, á quien vivimos también unidos, aprobando lo que Él aprueba, y condenando lo que Él condena.

«Nos ocuparemos en otra ocasión de la Indulgencia plenaria que en forma de Jubileo podéis ganar en el presente año, como os consta por la lectura de la Enciclica.

«Entre tanto nos despedimos de vosotros, venerables hermanos y amados hijos, dándoos nuestra bendición en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

«De nuestro Palacio Episcopal de Astorga á 15 de Enero de 1865.—FERNANDO, Obispo de Astorga.—Por mandato de S. E. I., el Obispo mi señor.—Dr. Joaquín Palacio, Canónico secretario.»

Del Boletín Oficial Eclesiástico, extraordinario, del Obispado de Urgel, fecha 23:

«PARTE OFICIAL.—Carta pastoral de S. E. I., en la que se dá publicidad á la importantísima carta Enciclica de Su Santidad, de 8 de Diciembre último.

NOS DOCTOR DON JOSÉ CAIXAL Y ESTRADÉ, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE URJEL, DELEGADO APOSTÓLICO DEL ABAJADO DE GERI, «NULLIUS DIOCESES», Y DEL PABORDADO DE MUR, PRELADO ASISTENTE AL SACRO SÓLO PONTIFICIO, PRÍNCIPE DE LOS VALLES DE ANDORRA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, NOBLE ROMANO, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

A nuestro venerable Dean y Cabildo catedral, reverendos Arciprestes, Curas párrocos, Económicos, coadjutores y demás Clero y pueblo de esta nuestra muy amada diócesis, salud en Nuestro Señor Jesucristo.

«Por conducto de su Emma, el señor Cardenal, ministro de Estado de Su Santidad el Papa, se nos ha comunicado una carta Enciclica del mismo y un Syllabus, ó sea índice de ochenta proposiciones condenadas, cuyo tenor es el siguiente:

Al pié de estos documentos, añade el señor Obispo:

«Nuestro Santísimo Padre difícilmente podía inaugurar mejor el segundo decenio de la definición dogmática de la Concepción Inmaculada, que proscribiendo esa nube de errores y heregías que, derramadas en nuestros días por todas partes, oscurecen el resplandor de las verdades reveladas, y parece quieren volvernos á las tinieblas del paganismo. María Inmaculada aplastó la cabeza de la serpiente infernal; y el inmortal Definidor de este dogma, acaba de aplastar la del error.

«Con todo nuestro corazón nos adherimos á las doctrinas definidas por Su Santidad; reprobamos lo que él reprueba; condenamos lo que él condena, y mandamos á nuestro Clero que en sus enseñanzas se atenga á lo definido por Nuestro Santísimo Padre. No creemos que haya en ello nada contrario á la Constitución del Estado y á sus leyes vigentes, á las que debe todo buen Sacerdote inculcar la sumisión debida: si alguna cosa pareciere se oponer á alguna ley, esta quedará abolida por los artículos 1.º, 4.º y 43 del novísimo Concordato, y en la católica España ninguna cosa podrá ser nunca ley, que se oponga á lo definido por la Iglesia.

«Dado en nuestro palacio episcopal de Urgel, á los 22 días del mes de Enero de 1865.—JOSÉ, Obispo de Urgel.—Por mandato de S. E. I. el Obispo mi señor, Ramon Balaguer, Presbítero secretario.»

Del Boletín Eclesiástico de la diócesis de Avila, 26 del corriente:

«NOS D. FR. FERNANDO BLANCO Y LORENZO, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE AVILA, ETC.

«Al Clero y pueblo de nuestra diócesis salud en Jesucristo.

«Hemos recibido, amados diocesanos, un importantísimo documento emanado de la autoridad suprema de la Iglesia, nuestro Santísimo Padre Pío IX, de que ya muchos de vosotros tendréis noticias por haberle publicado la prensa del país; y es un deber de nuestro apostólico ministerio darlo á conocer á todos, puesto que todos, aún los que no leen periódicos, tienen derecho y necesidad de oír la doctrina del Supremo y universal Maestro, que es el mantenimiento de la vida católica.

«Es esto tanto más necesario, y hasta urgente, en una nación tan católica como la nuestra, cuanto que no faltan hoy por desgracia en ella espíritus turbulentos y mal avenidos con todo lo que hasta ahora ha constituido los elementos de nuestra vida social, que han llevado su orgullo y su osadía hasta el punto de levantarse contra las enseñanzas del Supremo Pastor, y como á querer dar lecciones al encargado por Dios de darlas á toda la humanidad. Ellos, sin competencia, han pretendido hacerse jueces de la doctrina, y sin entenderla quizá en su verdadero sentido, se han apresurado á declarar impíamente contra ella ultrajando al Maestro que la enseña en nombre de Dios á los hombres. No podemos, pues, ni debemos, detener por más tiempo la publicación del documento á que nos referimos para que todos, todos tengáis conocimiento de lo que la Iglesia enseña por medio de su cabeza visible el Romano Pontífice.

«Este documento es una Enciclica ó carta circular firmada por Su Santidad Pío IX en el día 8 de Diciembre del año pasado, décimo de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen Madre de Dios y de los hombres, y dirigida á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos de toda la cristiandad que se hallan en gracia y comunión con la Santa Sede.

«En esa circular, monumento imperecedero de la sabiduría, prudencia y celo apostólico del por tantos títulos inmortal Pontífice que gobierna la Iglesia, se proscriben, reprueban y condenan por el Maestro universal de la Iglesia de Jesucristo, y Juez Supremo de las controversias relativas á la doctrina de la fe y de la moral, un considerable número de errores trascendentes y sobremanera funestos para el orden religioso y social que hace tiempo se vienen proclamando y sosteniendo envueltos, con más ó menos habilidad, en frases agradables al oído de los incautos poco preparados, y además incompetentes para el análisis y juicio decisivo de las doctrinas.

«Hoy ese juicio ha venido de una autoridad competente é inapelable. Vosotros, amados diocesanos, lo respetaréis y acatareis como de quien es, del maestro infalible que Dios nos ha dado, del Jefe Supremo de la Iglesia Católica, del Romano Pontífice sucesor de San Pedro, á quien dió Jesucristo «las llaves del reino de los Cielos», la facultad de apacienta en doctrina sana á los corderos y á las ovejas,» y por quien el mismo Jesús, Dios y hombre verdadero, «oró, para que no faltase su fe y se confirmase en ella á sus hermanos.»

«Habíamos pensado daros con la Enciclica de Su Santidad una más amplia carta pastoral acerca de ella. Mas, esto nos haría demorar algo más de lo conveniente la publicación del interesantísimo documento. Otro día os dirigiremos dicha carta pastoral, y en ocasión oportuna os daremos las instrucciones convenientes para el Jubileo que Su Santidad se digna conceder para el año presente. Hé aquí la Enciclica pontificia.»

EL SILABO DE PÍO IX Y EL CARDENAL ANTONELLI.

Contra la insidiosa especie inventada y propagada por la prensa europea liberal y napoleónica de que el Cardenal Antonelli desaprobaba altamente la última Enciclica de nuestro Santísimo Padre Pío IX, y singularmente el Silabo, depone solemnemente el mismo eminente Cardenal, secretario de Estado de Su Santidad en la siguiente epístola, escrita en latín y dirigida á todos los Obispos del orbe católico. Hé aquí lo que dice á los venerables Prelados en nombre de Su Santidad el esclarecido Cardenal:

«Muy Reverendo Señor:

«Nuestro Santísimo Señor Pío IX, Pontífice Máximo, no ha cesado nunca, movido de su grande solicitud por la salud de las almas, y por la pureza de la doctrina, de proscribir y condenar desde los primeros días de su Pontificado, los principales errores y las falsas doctrinas que corren regularmente en nuestros miserables tiempos, así en sus cartas Encíclicas y alocuciones consistoriales, como en otras cartas apostólicas dadas al intento. Pero pudiendo ocurrir que estos actos pontificios no lleguen á noticia de todos y de cada uno de los reverendos Obispos, determinó Su Santidad que se compiles un Silabo de los mismos errores, para ser comunicado á todos los Obispos del mundo católico, para que los mismos Prelados tuviesen delante de los ojos todos los errores y perniciosas doctrinas reprobados y condenados por Su Santidad; previniéndome luego á mí que hiciese que este Silabo impreso fuese remitido á vuestra reverencia en este mismo tiempo y ocasión en que el mismo Pontífice Máximo, movido de su gran solicitud por la salud y bien de la Iglesia católica y de toda la grey del Señor divinamente confiada á su cuidado, juzgó por bien escribir una carta Enciclica á todos los Obispos católicos. Para cumplir, por tanto, como es debido, con toda diligencia y rendimiento las órdenes del Sumo Pontífice, remito á vuestra reverencia el mismo Silabo junto con estas cartas; aprovechando la presente coyuntura para daros testimonio de los sentimientos de mi gran reverencia y adhesión, y repetirme, besando humildemente su mano, por su muy humilde y afectísimo siervo,

G. Cardenal Antonelli.

Roma 8 de Diciembre de 1864.»

En su lugar correspondiente reproducimos, tomado del Diario de las Sesiones, el gravísimo é importantísimo incidente con que el Senado inauguró antes de ayer su tarea ordinaria.

Saben nuestros lectores que en la sesión del jueves último pronunció el señor Arzobispo de Santo Domingo algunas frases acerca de la Enciclica, encomiando, como era natural en boca de un Prelado, la autoridad y excelencia de este documento.

Saben también que estas palabras del digno Prelado fueron totalmente suprimidas en el extracto oficial de la sesión publicado en la Gaceta y aun en el mismo Diario de las Sesiones del propio Senado.

Saben igualmente que al siguiente día pronunció el progresista D. Antonio Gonzalez (ó sease el marques de Valdeterrazo), no algunas, sino muchas frases contra la Enciclica de Su Santidad, de la cual dijo, entre otras parcialidades progresistas, que era un documento inspirado por el despecho; contra los Obispos, á quienes llamó criminales por haber publicado la Enciclica, y contra el Gobierno, á quien acusó de haber faltado á sus juramentos en el mero hecho de no reprimir ni castigar esta publicación.

Sin embargo, el discurso de este señor marques progresista se publicó sin mutilación alguna.

Con tan justo motivo, levantóse el senador Sr. D. Santiago Tejada y pronunció un breve discurso, cuya sustancia podemos compendiar así:

«¿En qué consiste, señores senadores, que, mientras violando la Constitución y el reglamento de esta Cámara, se suprimen y secuestran las palabras católicas pronunciadas en ella por un Arzobispo, se da publicidad solemnemente á las palabras progresistas del señor D. Antonio Gonzalez? ¿Qué agente misterioso hay aquí, que tanto silencio impone en el defender al Papa y á los Obispos, y tanta locuacidad prodiga en el atacarlos?»

Nuestros lectores verán las respuestas que se dieron (ó por mejor decir, que no se dieron) á estas tremendas preguntas. Pero verán también, que ellas irritaron la bilis moderada, generalísima, presidencial, ministerial, senatorial y dual de D. Ramon Maria Narvaez, hasta el lastimoso extremo de hacerle faltar á los respetos debidos á sus propias canas, á la justicia, al Senado y al Sr. D. Santiago Tejada.

Habia dicho este señor senador: «¿Cómo se concibe que oyéndose acusar el Gobierno de haber faltado á sus juramentos, no se levantara á defenderse? Porque no hubo tiempo, le respondió D. Ramon Narvaez. Eso no es conforme á la verdad ni al reglamento, replicó muy justamente el Sr. Tejada, pues que en cualquier estado de la discusión pueden pedir la palabra los ministros.

Y no fué menester más para que, convertido en no sabemos qué el señor duque de Valencia, refutase la exactísima observación del Sr. Te-

jada con decirle iracundo que le desmentía públicamente.

Dicho se está que con tan buenas razones, nos quedamos sin saber qué poder misterioso es el que hoy día, en esta tierra católica, sepulta las palabras que defienden al Papa, y difunde las que le insultan y escarnecen.

Y como este es el punto que había que averiguar, y como este punto no se ha averiguado, nosotros descorrremos el velo, diciendo así: Ese poder misterioso se llama liberalismo.

Y aquí tiene el Sr. D. Cirilo Alvarez una respuesta congruente á la santa indignación con que se quejó en su discurso de cuantos tenebrosos hacía el liberalismo y las cosas liberalescas una veneración muy escasa.

Opina el Sr. D. Cirilo, que si bien no fuera malo reprimir la blasfemia progresista y democrática que corre impune en varias cátedras, en muchos periódicos y en varias otras partes, convendría igualmente reprimir la marcialidad de los que tratan con tan poco miramiento las cosas y los casos liberales.

Porque esto (decía S. S.), es atacar la libertad, el sistema representativo, las Cortes, ecótera, etc., y atacar todo esto es atacar nuestras más venerandas tradiciones constitucionales, que se derivan de las antiguas Cortes y de los Concilios, etc., etc.

Nada de eso, Sr. D. Cirilo Alvarez. Extrañamos mucho que persona dotada de tan buen sentido como S. S. incurra en semejante vulgaridad. Ha de saber S. S. que á nosotros los neos nos gusta muchísimo la libertad, y nos parecen muy bien las antiguas franquicias políticas de nuestra España, y seríamos muy partidarios de una Constitución política que tomando por base el espíritu que á las dichas franquicias informaba, nos diese medios legítimos y eficaces de contrastar todas las demasías del poder soberano, poniendo nuestra libertad civil bajo el amparo de nuestra libertad política, con tal que esta, Sr. D. Cirilo Alvarez, en lugar de fundarse en el disolvente individualismo engendrado por el libre examen, se fundara en aquellas leyes de caridad y de justicia que así como imponen al súbdito la obligación de obedecer sumisamente á sus legítimos Soberanos, imponen también á los Soberanos la de mandarlos para su bien común temporal y espiritual.

Ahora bien, Sr. D. Cirilo; estas leyes de caridad y de justicia, únicas que pueden ser base de buenas Constituciones, no viven sino al calor del espíritu católico. Y como este espíritu católico es cabalmente lo primero que nuestros flamantes regeneradores políticos echan fuera de sus Códigos y de sus actos; y como á estos tales regeneradores el mundo los conoce con el nombre de liberales, aquí tiene S. S. por que, nosotros renegando ahora y per omnia secula del liberalismo, le execramos y perseguimos, unas veces con argumentos muy serios y con escritos muy entonados, y otras veces burlándonos de él, y mostrándole á las gentes tan ridículo como le hizo su padre natural el diablo.

Por consiguiente, Sr. D. Cirilo, cuando su señoría vea que ponemos en berlina el liberalismo y las cosas liberalescas, no crea que atacamos ni la representación nacional, que sea verdadera representación y verdaderamente nacional; ni las Cortes, que sean un límite justo del poder soberano, y no un despotismo parlamentario tan odioso como absurdo; ni finalmente, ninguna de las libertades legítimas que jamás faltaron en pueblos verdaderamente católicos.

Nosotros atacamos á el liberalismo, que es cabalmente oposición radical á todas estas cosas justas, y lo atacamos cabalmente porque es tal oposición.

Así lo estamos diciendo siempre, Sr. D. Cirilo. Sólo que unos no nos oyen porque no nos escuchan, y otros no nos quieren oír, cabalmente porque nos escuchan demasiado.

Procure S. S. enterarse de esto, señor senador, porque, vista la indudable sana intención con que S. S. piensa y habla, cabe en lo posible que su amor sincero á la libertad acabase por apartarle de los liberales, que ni la entienden ni la aman, para venirse con nosotros los católicos, únicos que la entendemos, que la amamos y que la defendemos, como á hermana gemela que es de nuestra Religión santísima y de la Iglesia nuestra madre.

El dignísimo Sr. Arzobispo de Zaragoza celebró de pontifical ayer, día de San Valero, en la catedral de la Seo; y así revestido, subió al púlpito, después del Evangelio, y leyó una Pastoral tan instructiva como enérgica, relativa á la Enciclica de Su Santidad, mandando leer en seguida dicha Enciclica ante multitud de fieles que habían acudido al templo, sabedores de que S. E. I. iba á tratar con todo el celo y libertad de un apóstol la cuestión que en estos momentos agita al mundo. Loado sea Dios que tanto valor y resolución infunde á nuestros Prelados en el cumplimiento de sus sagradas obligaciones.

En la sociedad La Armonía, cuyas sesiones están cada día más animadas, explicará en la noche de hoy el conocido orador Sr. Ramos, Canónigo del Sacramonte de Granada. Mañana martes, continuará la discusión pendiente sobre la novela; el miércoles explicará el Sr. Correa; el jueves D. Miguel Sanchez; el viernes D. Juan

A. Vildósola, y el sábado habrá sección literaria.

No es cierto que se haya expedido la Real orden de que hablan los periódicos, mandando abrir una información para averiguar la verdad ó falsedad de los supuestos escándalos ocurridos en las Salas.

Tampoco lo es que la superiora de este monasterio haya demandado á El Pueblo ni á otro periódico alguno.

Hoy debe verificarse en el Senado la votación del mensaje en contestación al discurso de la corona.

Ayer tomó posesión del gobierno civil de la provincia de Málaga D. Fernando Balboa.

El 19 del mes próximo se embarcarán en Marsella, para Filipinas, el nuevo capitán general Sr. Lara y señor Torres Valderrama, elegido superintendente general de Hacienda en Filipinas.

Las Noticias publica el siguiente telegrama: «SOUTHAMPTON, 29.

Ha entrado el correo del Pacífico, pero aún no se puede comunicar ninguna noticia. En el momento en que se puedan adquirir se las comunicaré.»

Ayer á última hora recibimos la correspondencia de Filipinas, con noticias de aquel archipiélago que alcanzan al 6 de Diciembre.

El cólera había vuelto á presentarse en aquella capital, causando muchas víctimas, sobre todo en la población indígena.

Los periódicos confirman la muerte de la esposa del capitán general, Sr. Echagüe. Este suceso había impresionado dolorosamente á toda la sociedad de Manila, donde era muy querida la ilustre señora que ya descansa en paz.

Los funerales hechos por el alma de la finada habían sido magníficos, concurriendo á los templos todo el vecindario de la capital y todas las autoridades.

Los amigos del Sr. Echagüe habían conseguido alejarle por algunos días de Manila, habiéndose hecho cargo del mando el general Pavía, jefe del apostadero.

El día 25 falleció en Perpiñán el Excmo. Sr. D. Cayetano de Silva Fernández de Córdoba, duque de Híjar, marqués de Orani y de San Vicente, conde de Rivadeo y de Salvatierra, á consecuencia de las lesiones que sufrió en el vuelo que dió la diligencia en que viajaba desde Girona á Valencia.

Su hijo primogénito el Excmo. señor duque de Lecera y de Bournonville, que acudió de esta corte al punto en donde yacía doliente su padre, tuvo el triste consuelo de auxiliarse en su padecimiento y de recibir su postrer suspiro.

Con este deplorable acontecimiento habrá de suspenderse, hasta que el nuevo duque de Híjar entre legalmente en la posesión del título de conde de Rivadeo, la entrega del trage que usó S. M. el día de la Epifanía, y que por privilegio, cuya historia conocen nuestros lectores, mandan todos los años los Monarcas españoles al poseedor de aquella ilustre casa.

Ayer tarde á las tres se reunió el Jurado de la Exposición de Bellas Artes, para continuar ocupándose en el asunto de adquisición de obras destinadas al Museo de pinturas.

Los ríos Pisuerga y Esgueva han crecido y siguen creciendo extraordinariamente.

La crecida del río Pisuerga se ha llevado á más de 200 varas la mayor parte de la cimbra del puente nuevo de hierro, á quien no afecta en nada este incidente. Se teme que sea esta crecida tan grande como la del 35, de infuasto recuerdo.

El gobernador de Valladolid, Sr. Dacarrete, que visita diariamente los puntos amenazados, ha dispuesto que estén de vista algunos vigilantes en los puntos en que por la inmediatez de las casas á aquellos ríos, pudiera haber algunas inundaciones, con el objeto de socorrer á las familias, y dar parte inmediatamente á la autoridad. Dicho gobernador tiene asimismo encargado que estén prontas las barcas en los sitios convenientes; que el ayuntamiento tenga un surtido de hachones de viento, y que la fábrica del gas esté alerta, por si fuera necesario alumbrar la ciudad, cuyas medidas, unidas á la afabilidad y buen gobierno del Sr. Dacarrete, y demás prendas que le adornan, le conquistan de cada vez más la estimación y simpatías de aquellos habitantes, etc., etc.

Todos los días se cambian varios telegramas entre el gobernador de Valladolid y el de Zamora, cuyos habitantes están alarmados por la crecida grande del Pisuerga.

ULTIMA HORA

TELEGRAMAS.

(Servicio particular de El Pensamiento Español.) SOUTHAMPTON, 30.

Las noticias del Callao tienen la fecha del 26 de Diciembre: el Congreso de las Repúblicas de la América del Sur, ha declarado en su mensaje que las hostilidades por parte de España contra el Perú sería considerado como un ataque contra todas las Repúblicas.

El vice-almirante Pareja ha enviado su ultimatum, y se cree que toda la escuadra española irá delante del puerto del Callao para apoyar á dicho ultimatum.

TURIN, 30.

Esta noche tendrá lugar un gran baile en palacio, y se temen nuevos desórdenes.

Siguen los oficiales de la Milicia nacional haciendo dimisión de sus grados.]

PARIS, 30.

El periódico la Patrie anunció, en su número de anoche, que el antiguo ministro de los Negocios extranjeros, M. Thouvenel, había muerto. El Monitor, en su número de hoy, rectifica esta noticia diciendo que es equivocada y que sólo la muerte de un pariente de M. Thouvenel ha podido dar lugar á ese rumor infundado.

TURIN, 29.

Crece el disgusto general provocado por la actitud de las fracciones hostiles á Italia; los partidarios de Mazzini van á tomar una actitud activa.

BERLIN, 29.

El ministro del Interior acaba de enviar á los gobernadores de las provincias una circular

para darles aviso de que se ha establecido en París una asociación, cuyo objeto aparente es el de apoyar el Catolicismo en Polonia, pero cuyas tendencias son esencialmente políticas. Ordena á los gobernadores que tomen medidas contra los autores de coleccion no autorizadas de una manera especial.

De un momento á otro deben llegar los partes de Southampton con noticias del Perú.

En la Bolsa de hoy se han cotizado los valores á los precios siguientes:

Títulos del 3 por 100 consolidado 44-25 publ.
Títulos del 3 por 100 diferido 41-00 publicado.
Deuda del personal, 22-45 no publicado.
Obligaciones del Estado para subvención de ferrocarriles, sin cupón 77-90 publicado.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEE EXCMO. SEÑOR VICE-PRESIDENTE DUQUE DE VERAGUA.

Sesion celebrada el día 28 de Enero de 1865.

Se abrió la sesión á las dos y veinticinco minutos, y leida el acta de la sesión, dijo

El Sr. TEJADA: Pido la palabra para hacer una reclamación sobre el acta.

El señor VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): La tiene V. S.

El Sr. TEJADA: Señores: muéveme á usar de la palabra la lectura que acaba de hacerse del acta, y lo que he leído en el Extracto oficial de la sesión de hoy. Este es, como saben todos los señores senadores, el complemento del acta; así es que nuestro mismo reglamento le llama minuta del acta: efectivamente, lo que acaba de leerse, y lo que se lee al principio de todas las sesiones, no es más que un extracto reducidísimo de lo pasado en cada una de ellas. Esto supuesto, yo me propongo llamar la atención del Senado sobre un punto muy grave, sobre un punto que afecta el cumplimiento de la Constitución, que afecta la prerogativa de este cuerpo, que afecta en fin las prerogativas de los señores senadores. Por eso me levanto á usar de la palabra en uso de mi derecho sobre un hecho, señores, que creo no ha ocurrido nunca en ningún Parlamento, sobre un hecho tan extraño, tan anómalo á mi juicio, tan inadmisible como el que me refiero.

Voy, señores, á indicar sucintamente los hechos ocurridos, para deducir de la doctrina constitucional que creo que está en el ánimo, en el buen sentido y en la ilustración de todos los señores senadores, la consecuencia del grave hecho á que hago referencia.

Señores: en la sesión del miércoles último, el señor Arzobispo de Santo Domingo, usando de su derecho al tomar la palabra con motivo de una rectificación, sentó, porque así lo estimó conveniente, tres ó cuatro proposiciones, á mi juicio muy sencillas, por más que no entre á juzgar la oportunidad de su enunciamiento, toda vez que esta oportunidad no está bajo mi jurisdicción. Ello es que el señor Arzobispo de Santo Domingo, al sentar esas proposiciones, obró como obran todos los señores senadores cuando se levantan á hacer alguna indicación sobre los negocios pendientes; esto es, obró según le dictaban su buen juicio, su conciencia y su leal saber y entender. Por lo tanto, yo me reconozco incompetente para juzgar de esa incompetencia.

Dijo el señor Arzobispo que el Soberano Pontífice, en uso de su autoridad soberana, había publicado una Enciclica; que esta emanaba de su misma autoridad; que era puramente doctrinal, que no traía consigo ninguna coacción ni medio de fuerza, sino que se dirigía únicamente á la conciencia del mundo católico.

Estas son las proposiciones del señor senador á quien aludo.

Pues bien, señores: cuando yo vi omitido esto en un documento oficial, que como he dicho, es el complemento del acta, califé. Y sé que el Senado por qué? Porque creí que podría haber un gran motivo de conveniencia pública en no traer hoy al debate, ni siquiera á la más sencilla discusión, nada de lo que se refiriese á ese gravísimo negocio, que está pendiente de la autoridad del Gobierno, que está instruyéndose por las vías legales, y del que todavía de ninguna manera podemos ocuparnos. Creo, repito, que en esa supresión había un motivo de alta conveniencia, y lo respeté guardando silencio.

Pero, señores, grande ha sido mi sorpresa en el día de hoy al oír la lectura del acta (y llamo acta al Extracto oficial de las sesiones que es el complemento de la misma; porque según dije antes, nuestro reglamento, tanto á lo que acaba de leerse hoy, lo mismo que á lo que se lee al principio de todas las sesiones, le llama minuta del acta). Grande pues fué mi sorpresa, repito, cuando vi, así en el acta oficial como en el Diario de las Sesiones, lo que dijo el señor D. Antonio González de que los ministros de su majestad, permitiendo la publicación de la Enciclica y no castigando á los delinquentes, faltaban á sus juramentos.

Efectivamente: ayer manifestó el Sr. D. Antonio González que los Prelados españoles eran criminales, que el Soberano Pontífice, cediendo á un sentimiento de despecho (El Sr. D. Antonio González: Pido la palabra para una alusión), había publicado la Enciclica, y que este despecho nacía del estado en que se encontraban en el día los asuntos de Italia.

Yo, señores, ni estoy en el caso, ni tengo el derecho de combatir tales indicaciones, que por otra parte creo que ni el Sr. D. Antonio González, ni nadie, como senador, ni como hombre de Estado, ni como hombre animado de los sentimientos que creo animan á S. S., ni como jurisconsulto, puede sostener delante de una Asamblea ni aún delante de un tribunal.

No entro en su calificación; día vendrá quizá en que nos ocupemos de este negocio si sus trámites nos lo permiten, y entonces cada uno calificará las ideas que versen sobre tan importante asunto de la manera que nuestra conciencia nos aconseje. Pero sigo los hechos.

Pues bien, señores: lo que el miércoles se dijo aquí de oficio por un señor senador en uso de su derecho, en uso de la primera de las prerogativas que reconoce el orden constitucional, eso se suprimió, eso no se juzgó digno de que figurara en el documento oficial del acta; mientras que á lo que se dijo ayer se le ha dado todos los honores de la discusión, se le ha hecho la honra merecida de incluirlo en el acta, se le ha dado el carácter oficial, y como cosa conveniente (prescindiendo de las altas consideraciones expuestas), se ha insertado en el Diario de las Sesiones.

De modo, señores, que en los documentos oficiales que contienen las opiniones que los señores senadores emiten aquí bajo la salvaguardia de su prerogativa es inmundicia, esas opiniones que sólo están sometidas al juicio moral de la opinión pública, que es la que juzga de los aciertos y desaciertos de los hombres que tienen parte en la administración del Estado; esas opiniones, según los hechos aquí sentados, han merecido, señores, una aceptación de tal naturaleza, que lo que dice un senador se imprime, se publica, se le honra elevándolo á la categoría de instrumento y de documento público; mientras que lo que manifiesta otro señor senador en ejercicio de ese mismo derecho y usando de la misma prerogativa, para contribuir con sus luces y su conciencia según lo entienden en la dirección de los negocios del Estado, eso se quita, se arrinconan, se le niega los honores de la discusión y no pasa al dominio público, sin duda por estigmatizarlo una cosa estéril y vana.

Señores: nosotros estamos aquí delante de la nación; por lo tanto, ni en el acta, ni en el Extracto, ni en el Diario de las Sesiones se puede quitar nada de lo que aquí se dice; no hay sitio más público ni más respetable en la nación que este; por consiguiente, no hay una sola palabra de las que aquí se pronuncian que esté sometida á ningún género de autoridad, á ningún género de consideración, ni á ninguna apreciación particular que se haga, ni por los señores senadores, ni por nadie; porque aquí no hay más autoridades que la del público y la de la nación, que juzga, no civil, sino moralmente los actos de los señores senadores, que son invariables por sus opiniones.

Señores: si yo tratara de excitar ideas y sentimientos que sé que están en el corazón de todos, diría: ¡Qué, señores! cuando en el Senado español se habla en favor de la potestad legítima del Soberano Pontífice, dentro de los límites de su poder divino, ¿eso se calla, eso se arrinconan, eso no es digno que tenga publicidad y sanción en los papeles públicos: mientras que se da esa sanción y esa publicidad á lo que se dice «de que Su Santidad cede á sentimientos de despecho y que los Obispos son criminales? ¡Palabras estas que, sea dicho de paso, yo que respeto mucho al Sr. González, que le conozco hace mucho tiempo, que hago merced justicia á sus sentimientos, celebraría en el alma que no hubieran salido de sus labios.

¿Cómo se dice que los Obispos son criminales. Esto no lo puede decir el Sr. González ni nadie, mientras no haya un juicio, mientras no haya una sentencia; porque los españoles tenemos todos la presunción de inocencia, mientras un tribunal competente no entienda de la causa, del hecho á que se refiere la acusación, y pronuncie su sentencia. ¿Cómo se dice que los Obispos son criminales, cuando faltan aquí las declaraciones oficiales, el acta de jurisdicción legítima para hacer ante el Senado español semejantes calificaciones? ¿Cómo se dice, por último, señores, que el Gobierno de S. M. nada menos, consintiendo la publicación y no castigándola, ha faltado á sus juramentos? Yo sentí mucho ayer el silencio del Gobierno de S. M., porque cuando se le lanza una acusación de tal naturaleza, cuando se le acusa de faltar á sus juramentos en una materia tan grave, es necesario que no ya tratándose del Gobierno de S. M., que tiene grandes medios de defensa en este negocio, sino tratándose de un particular cualquiera que sea, no se ceda, no se sucumba, no se calle ante una acusación pública, tan gravísima como la de faltar á sus juramentos.

Estos son, señores, los hechos: cuando habla uno, se publica y se pone en los documentos públicos; cuando habla otro, se calla y se suprime. Y yo pregunto, señores senadores: ¿qué poder oculto hay en este Senado, que se erige en juez árbitro de lo que dicen ó no los señores senadores, hasta tal punto, que suprime, incluye, arrinconan ó da publicidad en un documento á lo que cree conveniente, calificando de esta manera opiniones que son iguales y á que debe hacerse igual justicia, cargando sobre las unas como una especie de probio insuperable, y dando á las otras todos los honores de la publicidad? ¿Qué poder es este que se levanta entre nosotros? Yo no reconozco ninguno: ¿Qué poder hay que pueda juzgarnos á nosotros aquí dentro? Yo no reconozco ninguno: no reconozco más que el juicio moral que sobre mí tiene la nación; no reconozco más; eso lo admito porque todos estamos aquí ante la nación y somos responsables moralmente de nuestras opiniones ante ella, pudiendo ser tales nuestras faltas, que hasta de una manera jurisdiccional estuviésemos sometidos á un juicio cuando faltásemos á otros respetos.

Yo pregunto, señores senadores, ¿qué previa censura está establecida dentro de este cuerpo, que somete mis opiniones, las del Sr. González y las del señor Arzobispo de Santo Domingo á esta previa censura, oculta, misteriosa, incompetente, incompatible con el orden constitucional? Pues, señores senadores, si el Senado reconoce estas verdades, que son lamentables en el orden constitucional; si el Senado asiente á lo que indico, y parece como que se levanta á reivindicar precisamente su derecho, reivindicando la inmutabilidad del Senado, es necesario que conozcamos que aquí se ha violado la Constitución en su artículo 34, que manda que todas las sesiones y todo lo que pasa en las sesiones se publique. Ha habido una sesión el miércoles último, de la que no se ha dado publicidad á una parte, que es gravísima, de esa sesión. Aquí se ha infringido la inmutabilidad del Senado, que no reconoce autoridad ninguna para poner límites al uso de dar publicidad á las opiniones de los senadores. Aquí se ha faltado á la inmutabilidad de los senadores; aquí se ha negado la publicidad de sus opiniones; aquí se juzgándolos ó juzgándolos peligrosos en el orden constitucional. Aquí se ha faltado á la ley general de esta clase de Gobiernos, en donde la discusión y la publicidad son elementos necesarios; porque el día que se atente á la publicidad, á la discusión libre de estos cuerpos, está muerto el Gobierno constitucional, que sólo se sostiene bajo el imperio de la libertad, de la discusión y de la publicidad de las discusiones, sometiendo todos á ese fallo general que á todos nos juzga, y quizá muchas veces de una manera muy distinta de la que nos figuramos desde esos bancos.

Pues, señores senadores, si hay hechos que son tan indudables como los que acabo de referir, y que secuencias de estos hechos son tan graves, tanto en el orden constitucional como respecto de los derechos que el Senado se merece; si han tenido lugar estas violaciones, sobre las cuales voy que hay un sentimiento general en el Senado, ved aquí por lo que hoy me levanto para defender á esta alta Cámara: para defender á los señores senadores; para defender el orden constitucional, y para protestar de una manera enérgica contra esa mutilación inaudita, sin ejemplo en ningún Parlamento, contra un hecho de tanta importancia como el de someter á esa previa censura oculta un acto público por su naturaleza, libérrimo como el aire y no sujeto más que al juicio moral de la nación.

Por consiguiente, señores, yo reclamo, con arreglo al artículo 29 del reglamento (y pido al señor presidente que se lea), yo reclamo que la mesa ó el Senado satisfaga esta reclamación, no por mí, no porque yo la haya enunciado, sino porque es una reclamación que versa sobre asunto que interesa á todos sobre el honor del Senado, sobre la subsistencia de la prerogativa de los senadores y sobre el orden constitucional; pues si no se da por la mesa una satisfacción, una respuesta que cumpla á los buenos deseos que todos tenemos en esta materia, en caso estaré en mi derecho pidiendo que el asunto se someta á la deliberación del Senado, juzgándose por este si la minuta que acaba de leerse y el Extracto oficial de las dos sesiones se ha de reformar ó no. Este es, señores, el objeto con que he pedido la palabra, esperando que el Senado, atendida la gravedad de la materia, me dispense habérle molestado tanto rato.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (duque de Valencia): Yo no voy á contestar al cargo que el señor senador ha hecho respecto al acta, porque eso compete á la mesa, la cual dará sus explicaciones; pero si voy á contestar á S. S. por los cargos que ha hecho al Gobierno, cargos injustos. S. S. debió haber esperado á que el Gobierno pidiera la palabra. El Gobierno está en queriendo, y esperaba á que le llegase su vez, y no ha querido ni podido anticiparse, como S. S. lo ha hecho, entrando en consideraciones en que no tenía derecho á entrar. Cuando llegue el caso, el Gobierno usará de la palabra, y entonces los señores senadores podrán juzgar si ha cumplido ó si ha faltado á los deberes que su puesto le impone. Hacerle cargos antes, es sobradamente injusto.

El Sr. TEJADA: Voy á hacer dos indicaciones muy sencillas, porque no quiero ocupar por mucho tiempo la atención del Senado. Yo he logrado mi objeto con la reclamación que he hecho como senador, y no me propongo causar ningún género de conflicto ni de disgusto al Gobierno de S. M.

Pero el señor presidente del Consejo ha dicho dos cosas, con las cuales no puedo estar conforme. Su señoría ha dicho que yo he formulado cargos al Gobierno. Esto S. S. notablemente equivocado: los cargos se los formuló ayer el Sr. D. Antonio González, y consistían en decir al Gobierno de S. M., cuando ocupaba

ese banco, que no castigaba á los Obispos que habían publicado cierto documento, y que faltando á sus juramentos, permitía la publicación del mismo; y lo que he dicho hoy es que sentía vivamente, como lo siento en este instante, y como lo sentía ayer, que á presencia del Gobierno de S. M. se licieran esos cargos por un senador, y yo no me levantara á sincerarse de ellos uno de los señores ministros, cuya respuesta hubiéramos oído con tanto más gusto, cuanto que hubiese podido ser consecutivamente sin embargo, el Gobierno de su majestad succumbió, díganlo así, á esos cargos, calló, y no dió la victoriosa respuesta que podía haber dado. Por consiguiente, dejó hecha mi primera rectificación diciendo que yo no he formulado ningún cargo al Gobierno de S. M.

Segunda indicación del señor presidente del Consejo, y con la cual tampoco estoy conforme. S. S. ha dicho que yo he entrado en consideraciones para las cuales no tenía derecho.

Esto es también una acusación muy grave, algo parecida á las dirigidas ayer por el Sr. D. Antonio González; y yo suplico al señor presidente del Consejo que para corregir yo un yerro y para enmendarme si he faltado (con lo que no puedo dar á S. S. una prueba más alta de respeto y deferencia), me indique qué consideraciones he expuesto hoy al Senado que no estén dentro del uso de mi derecho como senador. Yo podré haber faltado á ciertas consideraciones en este negocio por traerlo aquí indebidamente y prematuramente, si después de mutilada la sesión del miércoles se hubiese mutilado también la sesión de ayer, porque entones hubiera dicho que en los poderes del Estado dominaba una idea de elevado interés y no se quería traer hoy este asunto á la arena del debate, sino mantenerlo á la altura de la circunspección, que es la que prepara bien la solución de los negocios difíciles.

Pero cuando he visto un rasgo de parcialidad, de injusticia, de desigualdad entre la palabra de dos senadores, de modo que la una se inserta y la otra se omite, que á la una se le da publicidad y la otra se censura de inconveniente, entonces yo me he levantado: ¿por qué? Porque aquí ya no había esa consideración que pudiera haber tenido el Gobierno de su majestad con respecto al acta de la sesión del miércoles, consideración que ha desaparecido completamente con lo que se ha insertado en el Extracto oficial. Por consiguiente, creo que las dos indicaciones que me ha dirigido el señor presidente del Consejo de ministros, están fuera de su lugar.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: si la consideración á que ha faltado el Sr. Tejada ha sido una consideración moral, haciendo cargos al Gobierno por no haber cumplido (en concepto de su señoría) lo que aun no había llegado el caso de poder cumplir. Debí S. S. esperar á que se concluyera la discusión y á ver si el Gobierno cumplía ó no con sus deberes: ayer no usó la palabra porque no pudo, porque no le llegó el turno, y esperaba á que el señor presidente se le diera para poder hablar. Ahora su señoría ha expuesto los motivos que en su concepto hubo para esto, y contra los cuales el Gobierno no puede menos de protestar, y porque ha dicho además que el Gobierno quedó aterrado y succumbió. No, señor Tejada: el Gobierno no succumbió, no quedó aterrado, ni succumbirá ni quedará aterrado nunca: la discusión lo dirá.

El Sr. TEJADA: Cuando el señor presidente dice que ayer no pudo el Gobierno responder á los cargos del Sr. D. Antonio González, creo que dice una cosa que no es ni conforme á la verdad ni conforme al reglamento, porque este autoriza á los señores ministros para hablar siempre que lo tengan por conveniente, y no están sometidos como yo, á la ley del turno riguroso para usar de la palabra.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El que ha faltado á la verdad, ha sido el Sr. Tejada, y yo lo desmiento públicamente.

El Sr. VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): El Sr. Tejada debe saber que el señor ministro de Gracia y Justicia pidió la palabra; pero fué tan á última hora, que no pudo hablar, porque se levantó la sesión.

El Sr. SECRETARIO (Sevilla): El Sr. Tejada ha principiado pidiendo la lectura de un artículo, y la mesa, conforme al reglamento, debe principiar por dar satisfacción á S. S. leyendo ese artículo que dice así:

Art. 29. «Al empezar la sesión, leerá uno de los secretarios la minuta de la inmediata anterior. Si ocurriese sobre ella alguna reclamación que no fuese satisfecha en el acto, el presidente consultará la opinión del Senado; y si este aprueba la reclamación, se presentará al acta corregida de conformidad en la sesión inmediata.»

Y yo voy á leer ahora otros dos que sirven de complemento para decidir este asunto. Uno de ellos es el 13, en cuya obligación segunda, de las impuestas á los secretarios, se dice: «Cuidar especialmente de la redacción de las actas, autorizándolas con su firma, rubricando sus minutas y llevando por separado las de las sesiones secretas.»

En el art. 14, que es el otro, se lee lo siguiente:

«Los secretarios no insertarán en las actas los motivos ó fundamentos de las opiniones, ni los nombres de los opinantes, ni los llamamientos al orden ni á la cuestión, ni los discursos pronunciados ó los documentos leídos, ni autorizarán copia ni extracto alguno de sus actas, ó no mediar acuerdo del Senado.»

Es necesario, pues, empezar por rectificar una equivocación que ha padecido el Sr. Tejada, y que se reduce á creer que el Extracto oficial de la Gaceta es el complemento del acta. Esto no es exacto, respetando la opinión de S. S. No hay más que minuta y acta: la minuta es la que uno de los secretarios tiene el cuidado de llevar diariamente de lo que ocurre en la sesión conforme va pasando, y limitándose á cumplir con lo que previene el artículo que se ha leído: esta minuta pasa á la secretaría, la cual extiende lo que se llama el acta, que es la que en el día inmediato, antes de estar firmada, se lee al Senado. Y yo pregunto: después de todo lo que se ha dicho aquí, ¿ha hablado el Sr. Tejada de alguna omisión que se haya cometido en el acta de ayer, extendida conforme al reglamento?

Pues á esto se limita el derecho que tienen los señores senadores. Cuando en la redacción de las actas se omite algún hecho, ó cuando éste se expresa de una manera distinta de como pasó, claro es que sobre eso se puede pedir la palabra para rectificar, y á ninguna de estas cosas se ha referido el Sr. Tejada, pues S. S., como el Senado ha oído, no ha dicho que en el acta aparecieran ni más ni menos que lo que ayer pasó. Respecto á las demás particularidades de que S. S. se ha ocupado, á la mesa no le incumba contestar. El acta que acaba de leerse, así como la del día á que S. S. se refiere, están conformes con lo que pasó en el Senado y con lo que previene el artículo que he leído. La mesa no autoriza el Extracto oficial, y por lo tanto la responsabilidad no es suya.

El Sr. TEJADA: Yo no he tratado de formar un cargo á los señores secretarios, ni tampoco á los que intervienen en la redacción del Extracto oficial. He dicho únicamente que, según mis convicciones ó ideas, lo que se leía al principio de cada sesión era una minuta del acta, cuyo complemento oficial era el Extracto.

Y así creo que se ha entendido constantemente lo mismo en un Cuerpo colegislador que en otro, tanto que ha habido repetidas manifestaciones, fundadas, no sólo en el Extracto oficial, sino también en el Diario de las Sesiones, que es más extenso, y hasta lo que dicen los periódicos. Y esta convicción la fundaba yo en el mismo art. 29 de nuestro reglamento, que previene, no como dice el señor secretario primero, que las minutas que se llevan son para formar el acta, sino que «al empezar la sesión leerá uno de los secretarios (que es lo que la mesa ha leído en el reglamento le llama minuta) de la inmediata anterior;» y como yo creo que lo que se ha leído no era más que una minuta del acta, cuyo complemento era el Extracto oficial, por eso he fundado mis convicciones en el texto del mismo reglamento y en la práctica general establecida en ambos Cuerpos colegisladores; pero esta es una apreciación mía que someto al juicio del Senado.

El Sr. SECRETARIO (Sevilla): En el artículo que S. S. ha citado es claro que se habla de minuta, porque no es acta propiamente dicha hasta que se halla autorizada con la rubrica del señor presidente y de los secretarios; pero ni una ni otra cosa tiene nada que ver con el Extracto oficial, ni este puede por consiguiente considerarse como complemento del acta.

El Sr. VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): El señor senador Tejada ha hecho cargos á la mesa respecto á la supresión de una parte del discurso del señor Arzobispo de Santo Domingo en el Diario de las sesiones. Yo siento mucho no poder satisfacer á su señoría relativamente á ese particular, porque como vice-presidente del Senado, sólo ocupó esta silla en los casos de enfermedad ó ausencia del señor Presidente, y no debo intervenir ni intervenir en la publicación del Diario de las sesiones, como tampoco en la der ningún otro documento, si no que me limito á dirigir la discusión y á procurar que se conserve el orden de las tribunas.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA (Arrazola): Señores senadores: si pudiera dudarse que tenemos enfrente una cuestión árdua que exige la más alta discreción de parte de todos y que rechaza el enojo, exento siempre de la razón y del buen consejo, el incidente de hoy lo comprobaría. Porque, ¿qué ha pasado hoy, señores? Antes de entrar en lo que ha pasado es menester que divida yo la cuestión, puesto que se compone de dos: la una, cuestión de acta completa ó incompleta; eso es de la mesa, que ya ha contestado en uso de su derecho. El Gobierno de S. M. es extraño al Gobierno interior de cada Cámara, y esa cuestión por lo tanto no le incumba. ¿Qué queda pues al Gobierno?

El género de calor, hijo del celo del Sr. Tejada, celo que después le arrebató un poco y algo más que un poco, hizo que S. S. á impulsos de ese mismo celo, echase de menos, sintiéndolo, el silencio del Gobierno en el día de ayer. ¿Había de haber caído el Gobierno como una nube de piedra sobre el señor senador que acababa de hablar? ¿No hay trámites en el Reglamento? Eso mismo, ¿no sería aumento de calor que la cuestión rechazara? ¿Qué pasó ayer? Que habló el señor D. Antonio González consumiendo el tercer turno, después del cual había de llegar su vez á la comisión y al Gobierno, que son árbitros de ponerse de acuerdo para contestar; y esto, ¿por qué? Porque siempre los Gobiernos, por los datos que reúnen las comisiones, no deben desflorar las materias de discusión, y es la consideración primera por la cual no ha faltado este de modo ninguno. Pero respecto al incidente que ha tenido lugar y que todos lamentamos, ya que su señoría le ha producido, el señor presidente del Gabinete, digno jefe de él, que lo cree maltratado en una cuestión tan grave, tan árdua, que tanto interés al Gobierno, no guardará silencio, como tampoco al ministro de Gracia y Justicia, que no puede consentir ni dejar pasar sin contestarlo el cargo que S. S. le ha dirigido.

Cargo sería y muy grave, si el Gobierno siguiera otra conducta; pues lo que ha dicho S. S. por más que anuncia que no quería hacerlo, envolvía lúcidamente un cargo tanto mayor viniendo de persona tan autorizada. Verba sumuntur, unde trahuntur.

Usó de la palabra, señores, durante su turno el señor González, y en virtud del derecho que como senador le corresponde, habló de una manera más fuerte ó más suave, como tuvo por conveniente. Dió lugar á la contestación, ¿de parte de quién? Del ministro que pidió la palabra para contestar; pero habían pasado las horas de Reglamento, y el señor presidente creyó que el Senado estaba mortificado, como harlo debe estarlo ya con esta interminable debate, y levantó la sesión. Yo pregunto, y es otra cuestión de mesa: ¿podía el Gobierno hablar, podía usar de la palabra, cuando la autoridad única de la Cámara decía: «Se levanta la sesión?» ¿Había de ponerse el Gobierno á disputar con la mesa?

La contestación estaba reservada para hoy, en que la comisión y el Gobierno usaran de la palabra, y llegaría el momento en que el Gobierno conteste, y no habrá quien eche de menos la respuesta del Gabinete, que se estima á sí mismo, que no rehuye el pecho al peligro, ni le asustan las contrariedades, y el Sr. Tejada verá que el ministro de Gracia y Justicia tampoco falta de su puesto.

El Sr. VICE-PRESIDENTE (Duque de Veragua): El señor marqués de Valdeerrazo tiene la palabra para alusiones personales.

El señor marqués de VALDEERRAZO: Señores: con motivo del incidente que se ha promovido aquí sobre el acta, han visto los señores senadores el calor y el celo con que el Sr. Tejada, aprovechándose de la oportunidad del acta, ha entrado en la discusión de las materias que fueron ayer sometidas al debate. Su señoría se ha acalorado demasiado, y yo estoy cierto y seguro que si hubiera conservado toda la serenidad que requiere el puesto que ocupa, no hubiera hecho las calificaciones que ha tenido por conveniente hacer sobre el discurso que yo tuve la honra de pronunciar en el día de ayer. S. S. se ha quedado de que se hubiese suprimido una parte del discurso del señor Arzobispo de Santo Domingo: respecto de esa supresión, yo no diré á su señoría más sino que fué motivo y la ocasión que dió origen á que yo me ocupase de la cuestión de la Enciclica: de manera que S. S. ha venido á manifestar la razón que yo tenía para hacer notar esa falta insolita en el Senado, y ha venido también á confirmar la opinión que tuve la honra de emitir al Senado acerca de que todo cuanto se dijese aquí por los individuos que le componen, pertenece á la jurisdicción pública y al Senado.

Por consiguiente, en esa parte vea S. S., que con tanto calor trata las materias y las cosas, como no podía, como no debía, como faltaba fundamento para el cargo que me dirigía S. S. Pero ese mismo calor de S. S. le ha llevado á otro terreno en el cual ha supuesto cosas que yo me voy en la necesidad de combatir. S. S. no ha tenido razón para ello, y fácilmente lo demostraré. S. S. ha dicho que yo atacaba los actos del Soberano Pontífice, y esto le parecía á S. S. una cosa muy grave, una especie de desatado que no podía pasar en silencio. Dicho de la manera que lo ha dicho su señoría no es exacto; yo hablaba de la política de Roma, y decía que se había hecho cuestión política, y luego á S. S. que no venga aquí á mezclar la santidad del Pontificado con las cuestiones políticas. Estas corresponden al Gobierno de S. M., y espero que cuando se haga cargo de las razones que tuve para hablar en el sentido en que lo hice, sabrá apreciar las ideas que emití y la manera que tuve de explicarlas.

Pero no tengo necesidad de esperar á que hablé el Gobierno, porque ya en el día de ayer justificaba mi inocencia cuando separaba la cuestión religiosa de la política. El ministro de Estado, con la urbanidad, con la sagacidad y con el pulso con que suele tratar las cuestiones, se ha ocupado de la cuestión política, y sin el celo del Sr. Tejada, que creo extraviado, dió las razones que tuvo por convenientes, oponiéndose á las que yo tenía para pedir el reconocimiento de Italia: así es como se tratan las cuestiones; así es como se debaten los actos políticos, y no haciendo intervenir la personificación santa del Romano Pontífice en una cosa que es puramente política, y que no tiene relación ninguna con ese sentimiento exagerado de que nos habla S. S.

Yo he hablado, señores, como hablan las leyes del reino; he hablado de la curia romana, de la política de Roma, haciendo acerca de este punto cuantas indicaciones tuve por conveniente en uso del derecho que tienen todos los señores senadores, sin entrar para nada en el dogma ni en las cuestiones religiosas; S. S. pues ha traído aquí antecedentes y cuestiones que no tienen conexión alguna con la que estamos debatiendo.

Otra cosa es hablar de la conducta de los Obispos que son súbditos de la Reina; otra cosa es tratar del poder civil de España. S. S. se admira de que yo llamase criminales á los que habían fallado á la ley; yo pregunto á S. S.: ¿de qué manera define el Código penal á los individuos que cometen una infracción de ley? Pues qué, ¿no sabe S. S., abogado notable y de nombre tan distinguido, que aquellos que quebrantan las leyes no son más que delincuentes? Yo no hea más que pedir al Gobierno de S. M. que se impusiera el correspondiente correctivo á aquellos que en esta cuestión han infringido las leyes del reino. Yo apela á la energía y á la justicia de los ministros de S. M. para que sostuviesen la autoridad civil, la autoridad regia, á fin de que no se violase por nadie, por ninguna razón, ni en ninguna circunstancia.

Pero el Sr. Tejada, tan versado en la historia, y mucho más en la legislación, ha olvidado los fundamentos que yo tenía para emitir esta opinión; y cabalmente esos fundamentos están basados en las autoridades más respetables que se pueden citar para la demostración de una idea y las apreciaciones que hice sobre esa materia. Ya he dicho que aquellos que organizaron la jurisdicción que establecieron la Inquisición en España, que fueron los Reyes Católicos, fueron también los que dieron una pragmática que hoy es ley, en la cual se prevenía que no se publicasen ni predicasen las Bulas sin consentimiento y autorización del Gobierno. Vea el Sr. Tejada esa ley, que demasiado concierne, y en ella hallará que desde los tiempos antiguos viene establecido el principio de que los Obispos en España tienen que someterse á la autoridad del Gobierno, que es el que ha hecho su presentación, sin que hayan dejado por eso de ser súbditos de S. M.

Hay más: después de esa época que he manifestado de los Reyes Católicos, por el año 1493 se expidió por Alejandro VI una Bula en la cual se prevenía de una manera terminante que no se predicasen ni se publicasen Bulas sin el consentimiento de las personas que designase el Rey. Y esto mismo se halla prohibido por una ley, que es la 3.ª, tit. III, libro 2.º de la Novísima Recopilación. ¿Y cómo llamará S. S. á las personas, cualquiera que sea su posición y nacimiento, que quebranten esa ley? ¿Podrá aplaudir la conducta de los que, con infracción de la ley, hacen actos que ella prohíbe? S. S. conocerá que el celo no puede llevarnos hasta el punto de desconocer las obligaciones que nos impone la legislación vigente, y mucho menos á hacer alarde de aplaudir los actos que se ejecuten contra ella.

Yo no he dicho, porque no estaba en el caso de juzgar la conducta del Gobierno de S. M., que faltase al juramento que había prestado, como el Sr. Tejada ha manifestado. Yo dije simplemente que si el Gobierno no tenía el correspondiente correctivo á aquellos que habían fallado á las leyes, no cumpliría sus juramentos.

El Sr. VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): Señor senador: ruego á S. S. que recuerde que está rectificado, y que debe contrarrestar á deshacer equivocaciones.

El señor marqués de VALDETERAZO: Sr. Presidente, creo que me contrajo á la rectificación. El Sr. Tejada ha supuesto cosas que yo no dije, y manifesté lo que tuvo por conveniente, á lo cual yo tengo que referirme. Pero puesto que V. S. quiere que me reduzca y yo también lo deseo, respetando su representación, diré que además de las autoridades que ya he citado de los Reyes Católicos y del Papa Alejandro VI, está la de Felipe II, que murió en un convento y no podrá ser tachado de irreligioso; está la de Fernando VI, considerado también como religioso, y la de Carlos III, que era sumamente devoto, y todos estos Reyes han establecido pragmáticas, las cuales se respetan como leyes y que se hallan en la Novísima Recopilación. Y además de estas autoridades, se hallan las reclamaciones de las Cortes en los años de 1833 y 1835 pidiendo que no se publicasen ni permitiera la circulación de las bulas. ¿Y todavía se cree que se puede aplaudir la conducta de los que han obrado de un modo contrario á lo que previenen las leyes? ¿Podrá decir S. S. que son defensores de ellas los que obran contra el tenor de lo que prohíben, los que no acatan y cumplen lo establecido en esa legislación?

Y por último, señores, el Sr. Tejada conoce muy bien el artículo del Código penal que citó ayer refiriéndose á esas leyes y las formalidades que exige, así como las penas que impone á cuantos obran contra el tenor de sus prescripciones.

Así, pues, S. S. conocerá que he estado en mi derecho, y que he obrado como debía invocando la autoridad del Gobierno de S. M. para que se cumpliesen las leyes, y para que no permitiera ciertos hechos públicos y notorios, y sobre todo, hechos que se venían á aplaudir aquí. Creo, pues, que el Sr. Tejada reconocerá que no he fallado á las conveniencias del Parlamento, que he estado en mi derecho, y que he tenido fundamento bastante para hablar en el sentido que lo hice.

El señor marqués de la HABANA: Pido la palabra. El señor VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): ¿En qué sentido la pide V. S.?

El señor marqués de la HABANA: Para una alusión. Si se me permite, diré brevemente la razón que tengo para pedir la palabra.

He visto clara y terminantemente un ataque directo y personal de parte del señor senador Tejada al presidente de esta Cámara, y no hallándose en ella, cumpla con el deber que me imponen los lazos que á él me unen al defenderle, y para esto he pedido la palabra, señor presidente.

El Sr. TEJADA: Si el señor marqués de la Habana me permite, diré una sola palabra acerca de ese particular. No he nombrado al señor presidente ni á nadie, ni mi objeto era hacer cargos á nadie. No he hecho más que explicar las consideraciones que he tenido por convenientes, nacidas de ciertos actos, sin saber absolutamente de dónde proceden, sin formular ninguna idea ni cargo personal contra el señor presidente. Yo no he nombrado para nada á la persona á que S. S. alude, ni ha habido intención de formular ningún cargo personal, ni contra esa respetable persona ni contra nadie, sino presentar aquellas consideraciones de hecho y legales que nacían de la supresión de una parte de lo ocurrido en la sesión del miércoles, comparándola con otra de la sesión de ayer, cuando ambas son conexas y relacionadas entre sí; y he extraído sobre manera que haciendo mención de una no se hiciera de la otra. Esta ha sido mi intención, y de consiguiente, creo que falta absolutamente objeto para esa alusión á que S. S. se levanta á constatar, cuando á ningún ausente se ha nombrado ni á ningún ausente se ha ofendido.

El señor marqués de la HABANA: Con las satisfacciones dadas por el Sr. Tejada desistí de la defensa que me proponía hacer del presidente de la Cámara, admitiendo completamente las rectificaciones hechas; porque desde el momento en que dice el Sr. Tejada que no ha tenido intención de aludir al presidente, no tengo nada que decir, si en nada de lo que ha dicho se refirió á su persona.

Sin embargo, S. S. ha hablado de un poder oculto dentro de esta Cámara; ha hablado de que se ejerce la previa censura en esta Cámara; y ha hablado también de que se ataca á la inmunidad de los señores senadores dentro de esta Cámara; y como puede muy bien referirse esto á la persona del señor presidente, natural y justo es que yo haga á su defensa. No concluiré, después de las observaciones del Sr. Tejada, sin dejar consignado que ninguna de esas expresiones que he mencionado en este momento se dirigen á la persona del presidente.

Con esta declaración me basta, y estoy seguro de que si en cualquier momento se tratase de averiguar las causas que han motivado la supresión de los párrafos del discurso del Sr. Arzobispo, una explicación sencillísima bastaría para satisfacción del Senado, y es que, según se nos ha dicho por la secretaría, el señor Arzobispo ha tenido en su casa las cuartillas del discurso, y de allí salieron para su publicación en la Gaceta y en el Diario de las Sesiones.

El Sr. Arzobispo de SANTO DOMINGO: Pido la palabra.

El Sr. VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): La tiene V. S.

El Sr. Arzobispo de SANTO DOMINGO: El Senado oyó las palabras que yo pronuncié en la sesión del miércoles. Sin entrar en cuestiones de Gobierno, ni en cuestiones de parte, ni en cuestiones de este género, iba yo probando que si muchos Obispos actuales, y hasta el mismo Soberano Pontífice se les tachaba de intransigentes y se les tachaba por su celo exagerado e indiscreto, nada de extraño era que al último Prelado de la Iglesia española se le calificase en los mismos términos. Esto es lo que yo decía, y entre otras cosas, añadía para comprobar mi aserto: ese acto de vigor del Pontífice actual, refiriéndome á la Bula que ha publicado en 8 de Diciembre del año anterior, ha sido calificado de imprudencia, cuando cabalmente es un acto de exquisita prudencia; pues el romano Pontífice, proponiéndose hacer un gran bien á las sociedades modernas, se ha valido para conseguirlo de ese documento puramente doctrinal, y que se puede cumplir con un acto meramente interior, y en esto no hay inconveniente, porque no hace más que condenar doctrinas, no hace absolutamente más. El Senado oyó estas palabras que acabo de indicar; y después de haberlas dicho se me hicieron algunas indicaciones de que esto podría producir alguna alarma, y dije: no sé por qué, porque no he tratado de entrar en cuestiones de Gobierno, ni he hablado del país.

El mismo Sr. González podrá decir si yo prejuzgaba esta cuestión: no entré en ella; por consiguiente no sé á qué venían esas indicaciones, puesto que solo cité aquellas palabras como un ejemplo y nada más. No tuve otra intención sino la de justificar mis aseveraciones y defender mi conducta, citando para ello varios ejemplos, y entre ellos ese que es objeto de la cuestión. Creo que esto bastará.

Acto continuo se aprobó el acta.

ORDEN DEL DIA.

Continuación del debate pendiente sobre el dictamen de la mayoría de la comisión relativo al proyecto de contestación al discurso de la Corona.

El Sr. VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): El Sr. Carramolino tiene la palabra.

El Sr. CARRAMOLINO (de la comisión): Señores senadores, aun cuando cumpliendo con el deber del puesto que ocupo en la comisión me es indispensable molestar algún tanto la atención del Senado, lo haré del modo más breve que me sea posible, limitándome á exponer ligeras observaciones, y á contestar con un poco de más extensión á dos puntos principales, que son: la cuestión de Italia y la de Roma.

Principiaré por decir, respecto al voto particular, que en mi concepto no ha habido la mayor exactitud al decir sus autores que han tenido el pesar de disentir de la comisión, pues mal puede haber disentiendo donde no ha habido discusión, porque el Sr. D. Antonio González desde luego manifestó que se encontraba con él á los señores ministros; siendo todavía más franco el señor duque de la Torre, que dijo que si seguían desobediendo: dijeron los señores ministros las expresiones convenientes y sin hablar más, sin que tuviera lugar una discusión para conocer las opiniones de la mayoría, formaron su voto particular. No puede decirse, pues, que se ha tenido el pesar de disentir de la mayoría.

Respecto de la primera enmienda, debo calificarla de injustificada, porque habiendo anunciado su autor lo que creyó oportuno respecto al párrafo que se ocupaba de las relaciones exteriores, y habiéndose hecho cargo de la enmienda de la cuestión del Perú y de la de Italia, de nada de esto se ocupó S. S., manifestando acerca de la cuestión del Perú que no decía nada sobre ella porque el Gobierno de S. M. no creía oportuno se tratase; siendo bajo este punto de vista la enmienda contradictoria, pues no se concebía callar y hablar al mismo tiempo, pudiéndolo considerar por otra parte como anti-parlamentaria, porque una enmienda es una ligera modificación, circunstancia que no concurre en esta, y habiendo sido el trabajo del autor, además el hacer un completo análisis del voto particular.

Respecto á la segunda enmienda, puedo decir que su autor hizo un servicio al país, porque aprovechando la ocasión de lo que se decía respecto al estado de la Hacienda nos demostró sus conocimientos en la materia, exponiendo su sistema libre-cambista, no perdiendo tampoco la oportunidad el señor ministro de Hacienda, que nos hizo ver los grandes estudios que ha hecho sobre este punto, y los medios que, en su concepto, son más convenientes para sacar á la Hacienda del estado en que se encuentra.

El primer discurso en contra, pronunciado por el Sr. Bermúdez de Castro, no fue de grande utilidad para los grandes intereses del país en su primera parte, de la que nada tengo que decir toda vez que fué contestado ampliamente; y aún cuando habló largamente de la cuestión de Hacienda en la segunda, como yo no presumo de hacendista, tampoco debo ocuparme de ella.

El discurso del señor duque de la Torre fué contestado por el señor marqués de la Habana en nombre de la comisión, aunque habiendo hecho su propia responsabilidad en lo relativo á la cuestión de Santo Domingo: nada, pues, tiene la comisión que decir sobre esto.

Voy ahora á ocuparme de los dos puntos principales que he indicado al principio.

En lo relativo á la cuestión de Italia, dió una respuesta cumplida el señor ministro de Estado á lo manifestado por el Sr. González; pero yo debo decir que el hablar del aislamiento en que se encontraba España respecto á los demás Gobiernos de Europa se contradice S. S., porque en el voto particular dice que se complace de que sean amistosas nuestras relaciones con los demás países.

No hay, pues, este aislamiento, ni le hay en particular con respecto á Italia, pues S. S. mismo nos citaba el movimiento mercantil que había habido entre los dos países; de modo que ese aislamiento sólo era respecto á las relaciones diplomáticas con ese reino; y también hay alguna contradicción en lo relativo al reconocimiento de que S. S. trataba, porque decía al explicar su pensamiento que estaba conforme en que el Gobierno de S. M. se tomase el tiempo necesario para examinar las circunstancias en que podía resolver el Gobierno lo más conveniente, y á renglón seguido decía que porqué no estaba ya reconocido, toda vez que la única cosa que faltaba, que era la traslación de la capitalidad del reino á Florencia, ya estaba arreglada; argumento á que ya se le contestó por el Gobierno, pues en efecto hay que proceder con un examen detenido; debiendo tenerse en cuenta la cuestión de Roma, la necesidad de ver las consecuencias del tratado franco-italiano y la manera que tiene de considerarlo el tercer interesado.

Pero dice S. S. que se podía hacer dño hasta Roma misma en sus intereses; y apartados ya aquí del estilo dulce y templado que había usado hasta entonces, nos añadía que Roma, al ver ese tratado, en su desdicho había vomitado la Eucalipta sobre España; y al ocuparme de esto, me encuentro en el segundo punto que tenía que tratar.

Certo es, señores, que de tiempos muy anteriores á la época presente, nuestros Reyes tuvieron cierta intervención en pró de la misma Iglesia, con un derecho consuetudinario que siguió así hasta el último tercio del siglo XV, y después ya se estableció con más claridad este punto, disponiéndose últimamente que las bulas, breves y gracias pontificias, rescriptos e indultos, hubieran de someterse al examen del Consejo de Castilla para el pase Real ó el ejecutivo, quedando dos género de excepciones. Pero el documento de que hoy se trata, y que ha sorprendido al mundo civilizado por las especialísimas circunstancias de su aparición, y que ha excitado el sentimiento religioso de todo el orbe católico; ese documento, que es objeto de pena y amargura para los enemigos del Catolicismo; ese documento, que se ve pintado, según la frase de un escritor francés, la más alta figura del siglo, ¿está sujeto al pase?

Por de pronto el Gobierno ha cumplido con su deber, pues á pesar de no habérselo comunicado oficialmente, desde el momento que le ha visto reproducido en la prensa le ha enviado á informe del Consejo de Estado. ¿Y qué es ese documento? En su forma exterior es una carta circular dirigida por el Padre común

de los fieles á los Prelados católicos, por la que se manda observar un breve, dado anteriormente por Su Santidad, un breve admitido ad similitudinem, de penitencia, y subido es que esta clase de documentos están exentos del Regium exequatur. No digo que lo sea, si no que puede considerarse así, y que esto abre un camino para aquietar las conciencias, habiendo además otro en el derecho constituido que no se halla ahora como en otro tiempo. Además, señores, la Eucalipta dice que por los Prelados se ha publicado por la prensa entera, y por lo tanto las penas de nuestra legislación no mismo habían de abarcar á los Prelados que á los periódicos. Creo que no debo insistir más sobre esta materia; y desando dar fin á mi discurso, requiero al ministro del ramo que me escucha, para que obre detenidamente y con calma, sin acudir á medidas de rigor convenientes en la situación actual, y que considerando el cambio político de las sociedades católicas respecto al pase de bulas pontificias, procure tranquilizar los ánimos sobre este importante asunto.

He dicho. El señor marqués de VALDETERAZO: Voy á concretarme á decir al Sr. Carramolino que la Eucalipta del Papa no pertenece al número de los Breves de penitencia para estar exento del pase. Además, su señoría se fija en la variación de las circunstancias, y yo justamente por eso insisto en lo que dije ayer. En cuanto á la imprenta, esta tiene sus leyes, á las que se sujeta, y los Prelados están también obligados á obedecer las que les conciernen. Sobre todo, yo no temo el influjo de la Eucalipta en las personas que leen, sino en las que no leen; y por esto es mayor la perturbación que puede causar en la sociedad.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: Señor presidente, el antecesor de S. S. tiene concedida la palabra al Sr. Alvarez y el Gobierno, con el fin de no alargar la discusión, podría contestar de una vez á dicho señor y al Sr. González.

Tiene la palabra el Sr. Alvarez.

El Sr. D. CIRILO ALVAREZ dijo que él pensaba hablar, en uso de su derecho, mientras no se declarase que estaba el punto suficientemente discutido.

Empezó su discurso manifestando que su posición en la alta Cámara, donde no encontraba un amigo político, le obligaba á examinar la política del Gobierno, pero no sin decirle antes que viene á hablar sin autorización ni representación de nadie.

Tachó al Gobierno de no tener política clara y definida, y dijo que expresión de ello era el discurso de la Corona donde nada se decía que aclarara la política del Gobierno. Añadió que este mal venía desde hace algún tiempo, y era propio, no sólo de este Gabinete, sino de otros que le habían precedido.

Para explicar lo que llamaba pequeñez en las personas y en las cosas, hizo una ligera reseña de las situaciones políticas desde que cayó del poder la Unión liberal.

Dijo que este partido, que inauguró al subir al poder una política seductora, y que pudo haber escrito una página gloriosa en la historia constitucional de nuestra patria, cayó por haber sostenido su política y haber sido ingratos á sus parciales, quedándose aislado en el tiempo y en el espacio para valerse de una frase del Sr. Ros de Olano.

Este señor senador pidió la palabra para alusiones. A la Unión liberal sucedió en el poder el señor marqués de Miraflores, que apresuradamente formó un Gabinete, ejecutando un acto de patriotismo; pero aquel ministerio no tenía más que una misión, la de legalizar la situación del país; pero después de hacerlo, creyó que era un ministerio que tenía política propia, y entró á definir iglesias.

Guado de esta presunción, trajo unas Cortes, y estas Cortes lanzaron á aquel Gobierno del poder, haciéndole expiar así sus presunciones.

Sucedió á aquel ministerio otro de corta duración, y á éste el de Mon-Canoas-Pacheco, que tampoco hizo nada, que tampoco resolvió nada, y sólo duró tres meses, porque fueron la época de jornadas de la corte, pues todo el mundo anunciaba que á la vuelta de ésta Madrid dejaría el poder, y así sucedió.

Vino el ministerio actual, y distinguiéndose por la talla de los hombres políticos que le componen, por su energía, sin embargo nada hace, nada resuelve, como nada hicieron ni resolvieron los tres Gabinetes que le habían precedido. ¿Dónde está, le preguntó, la causa de esta inercia?

Entrando á examinar el discurso de la Corona, dijo que en él se decía estábamos en relaciones cordiales con todas las Potencias. No es exacto: lo que estamos es en relaciones indiferentes con casi todas las Potencias, y en hostilidad con Italia.

De esta situación, era efecto que nuestra opinión no fuese escuchada ni atendida por nadie en Europa, pues el temor del Gobierno de manifestar su opinión en las graves cuestiones europeas, para después acomodarse á lo que resolvieran, hacía que ninguna nación se ocupase para nada de la opinión de España.

Criticó al Gobierno porque no había adoptado una política definida respecto á Italia, y manifestó que el párrafo del discurso de la Corona sobre este punto respaldaba la vacilación y el miedo, pues equivale á decir que estando resuelta la cuestión italiana, el Gobierno no podía adoptar la determinación que tomaría cuando se resolviese.

Preguntó si en este caso se conformaría el Gobierno con reconocer los hechos consumados en el supuesto de que desapareciera el poder temporal del Papa ó declararía la guerra, y en el último supuesto con qué medios contaba para ello.

Dijo que el Gobierno, sin dejar de ser moderado, podía haber seguido en esta cuestión la misma política que Prusia, Rusia y otras Potencias; es decir, reconocer los hechos consumados sin comprometerse á nada para el porvenir, y así se hubiera escuchado su voz en Europa cuando se ponga en litigio y se trate de decidir la existencia ó no existencia del poder temporal del Papa.

La verdadera causa de la política del Gobierno respecto á Italia, no era principalmente en sentir del orador, el que hubiese interés en defender la soberanía temporal del Pontífice, sino en que había quien sostenía con la restauración de las monarquías derribadas en la Península italiana, restauración imposible.

El párrafo del discurso de la Corona relativo á la cuestión de Hacienda, revelaba, en su concepto, que el Gobierno no quería cumplir el Concordato, llevando á cabo la desamortización eclesiástica y cediendo al obrar así á sugestiones extrañas.

Manifestó además que sin consumir todos los recursos que existían, no podía pedirse al país un anticipo, y menos por un Gobierno que no ejecutaba una política enérgica.

La circular sobre instrucción pública, fué también objeto de duros cargos por parte del orador, quien aseguró que la gravedad de aquel documento consistía principalmente en el enlace que tenía con reclamaciones anteriores de determinadas personas y con pretensiones de alguna clase del Estado.

Dijo que él no defendía pudieran predicarse en las clases doctrinas subversivas, pero que tampoco excedía que se atacase á los poderes populares, tan respetables, conforme á la Constitución, como las más altas instituciones.

El decreto sobre la educación del Príncipe de Asturias, dió ocasión á que el orador manifestase al Gobierno que quería formar un Rey capaz de mandar ejércitos, y este no podía ser un Rey constitucional invariable é irresponsable.

Refirió las grandes dificultades por que tendríamos que pasar y pasaría la Europa en lo que quedaba de siglo, para deducir que lo que necesitábamos era un Príncipe de Asturias educado en la ciencia del Gobierno.

Aseguró que la misión del Gobierno, según había proclamado muy alto, era la de reorganizar el partido moderado, pero que esto no podría hacerlo sin facilitar al progresista los medios necesarios para alternar en el poder como partido histórico.

Sobre este punto dijo que la reciente promoción de senadores inabundaba al partido progresista en el Gobierno, pues no podía encontrar apoyo en el Senado, y tal como estaba constituido, y en tal caso no había más medio que el de que la Corona de acuerdo

con los progresistas diese un golpe de Estado disolviendo la alta Cámara, y este golpe de Estado era la revolución.

Vindicó al partido progresista de la nota de antidinástico, mencionando los servicios que había prestado á la dinastía.

Y terminó diciendo que se quería imposibilitar al partido progresista el poder, porque él había de gobernar conforme á las leyes, haciendo cumplir el Concordato, llevando á cabo la desamortización y procurando que no hubiera más que una persona irresponsable, la de la Reina, en vez de haber clases enteras como sucede hoy.

Terminado el discurso del Sr. D. Cirilo Alvarez, se levantó la sesión.

Erán las seis.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE ROY. Santa Martina, virgen y mártir, y San Lesmes, Abad.

SANTOS DE MAÑANA. San Pedro Nolasco, fr. y San Cirilo mártir.

CULTOS RELIGIOSOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de monjas de Góngora, donde se celebrará á San Pedro Nolasco con Misa mayor, manifiesto y sermón, que predicará un buen orador; por la tarde se cantarán completas y reserva. También se celebrará á San Pedro Nolasco en los conventos de mercenarias de San Fernando y de D. Juan de Alarcón.

Continúa la novena de la Virgen de la Providencia en San Antonio del Prado, y predicará en la Misa mayor D. Juan Abdon y en los ejercicios de la tarde D. Isidoro Velasco.

Prosigue la novena de la Virgen de la Leche y Buen Parto en San Luis, prediciendo por la tarde D. Miguel Martínez y Sanz.

Continúa por la noche en San Juan de Dios la novena de la Virgen de la Candelaria, y predicará don Ambrosio de los Infantes, y en Santa Cruz, la novena de la Virgen de la Paz, siendo orador D. Pio Hernandez Fraile.

En Santo Tomás se hará la función mensual á Nuestra Señora del Amor Hermoso, y predicará por la tarde el Sr. Infantes.

En San Ignacio predicará al anochecer D. Mariano Puyol y Anglada.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora del Amor Hermoso en Santo Tomás.

Se reza de San Pedro Nolasco, con rito doble y ornamento blanco, haciéndose conmemoración de la octava de San Julian, obispo.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

Fondos públicos.

	CAMBIO AL CONTADO.	
	Publicado.	No publicado.
Títulos del 3 p. 3 consolidados.	44-20	"
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. 3 id.	"	"
Títulos del 3 p. 3 diferido en el Gran Libro.	40-80 y 75	40-85
Material del Tesoro preferente con intereses.	"	"
Idem no preferente con intereses.	"	"
Idem sin intereses.	"	"
Participes legos convertibles al 4 y 5 por 100.	"	"
Deuda amortizable de primera clase.	43-20	"
Idem amortizable de segunda clase.	"	"
Deuda del personal.	21-80	"
Deuda municipal de sisas del ayuntamiento de Madrid, con 2 1/2 de interés anual.	"	"

ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 3 p. 3 ANUAL.

Emisión de 1.º de Abril de 1850, de 4 4000 rs.	"	"
Idem de 1.º de 2000 rs.	90-75	"
Idem de 1.º de Junio de 1851, de 2 2000 rs.	88-50	"
Idem de 31 de Agosto de 1852, de 4 2000 rs.	"	"
Idem de 9 de Marzo de 1853, procedente de la de 13 de Agosto de 1852, de 2 2000 rs.	"	"
Idem 1.º de Julio de 1856 de 2 2000 rs.	"	"
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1858.	"	"
Del Canal de Isabel II, de 1000 rs. 80 p. 100 anual Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carreteras. S. S. C.	78-00	"
Acciones del Banco de España.	"	"

Mercedo de Madrid.

PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DIA DE AYER.	Reales vellón arroba.		Cuartos libra.	
Carne de vaca.	54	4	57	18
Id. de cerdo.	4	4	104	18
Id. de cordero.	4	4	4	18
Id. de ternera.	90	4	98	40
Despojos de cerdo.	4	4	18	40
Tocino añejo.	84	4	88	30
Id. fresco.	4	4	26	30
Id. en canal de ayer.	77	4	79	4
Lomo.	4	4	42	51
Jamon.	130	4	144	51
Acete.	64	4	66	48
Vino.	40	4	48	12
Pan de dos libras.	42	4	62	14
Garbanzos.	26	4	34	10
Judías.	30	4	38	10
Arroz.	19	4	22	8
Lentejas.	7	4	8	6
Carbon.	60	4	64	20
Patatas.	5	4	7	2

ENTRADO POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.

9602 fanegas de trigo.
1782 arrobas de harina de idem.
17 arrobas de pan cocido.
6632 arrobas de carbón.
132 vacas que componen 53807 libras de peso.
335 carneros que hacen 7765 libras de peso.
176 corderos degollados que hacen 34126 libras de peso.

PRECIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo. de 43 á 50 Rs. vn.
Cebada. de 27 á 29 id.
Ajoarriba. de 29 á 32 id.

Lo que se anuncia al público para su inteligencia. Madrid 29 de Enero de 1865.—El alcalde-corregidor, conde de Belasquín.

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 29 de Enero de 1865.

HORAS.	Barómetro reducido á 0° en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	Estado del cielo.
		Reaumur.	Centigr.		
6 m.	704.23	-2.º	-2.º	E. N. E.	C. dño
9 m.	704.94	0.º	0.º	E. N. E.	Cejria.
12. . .	704.84	3.º	3.º	E. N. E.	Nubes.
3 tar.	703.98	4.º	5.º	S. O.	Cubto.
6 tar.	703.44	4.º	5.º	S. O.	Cubto.
9 noche.	702.78	2.º	3.º	S. O.	Lluvia.

Temperatura máxima del día. 5.º 2. 6.º
Temperatura máxima al sol. 9.º 0.